

LAS MISIONES CATÓLICAS



Precios de subscripción

ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.
EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

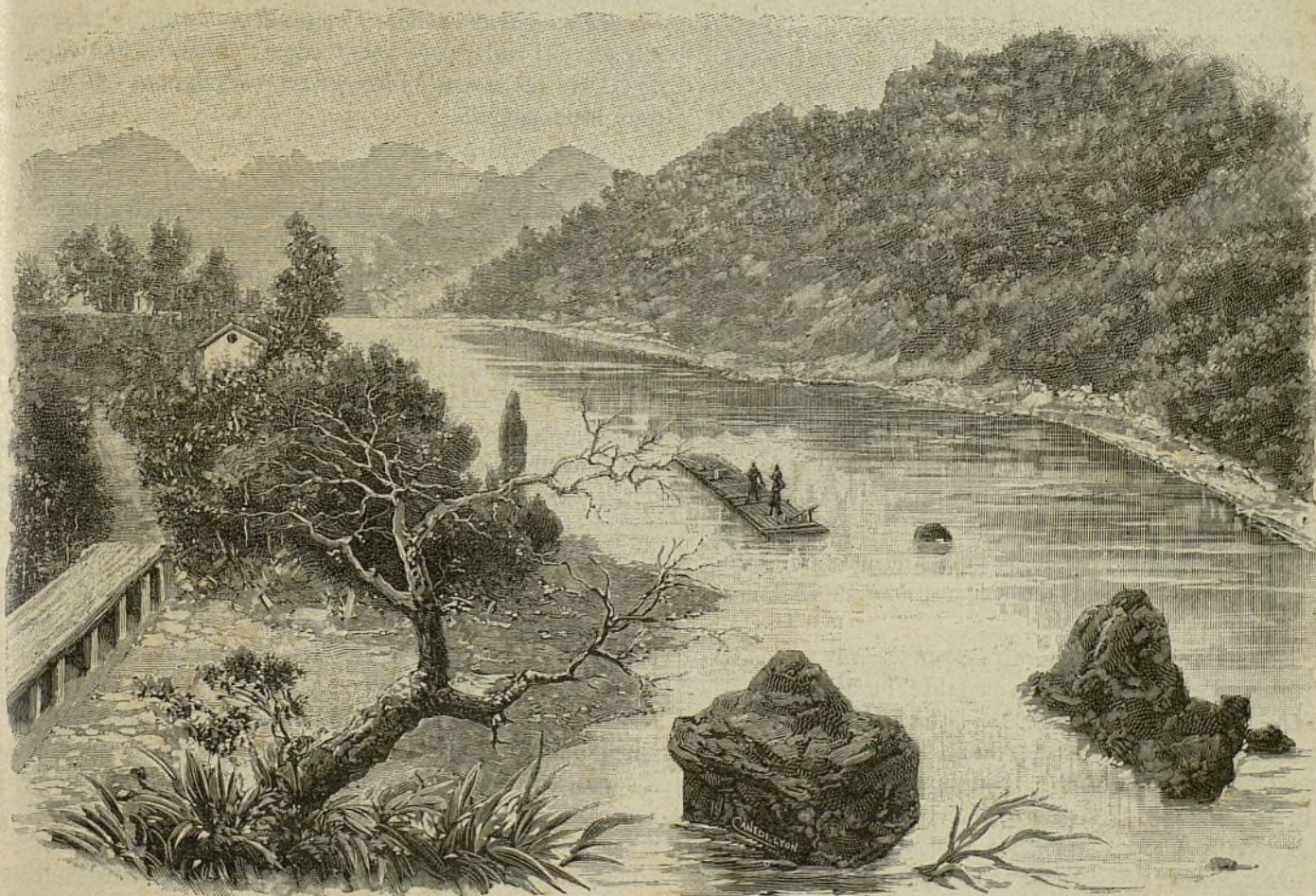
Se publica el 15 de cada mes

Año IX. - Viernes, 15 Noviembre 1901. - N.º 179

Advertencias

No se admite subscripción por menos de un semestre.
El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

✂ REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona ✂



ALTO TONKIN.—SALTO DEL RÍO EN LOS ALREDEDORES DE LA PAGODA PHUC-LE (Song-Chay)

Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. (Pág. 247)

SUMARIO

Texto.—CORRESPONDENCIA: Kuy-Tcheu (China).—Hon-Kong.—Egipto-Delta.—ARAUCANIA.—DIEZ AÑOS EN EL ALTO TONKÍN (continuación).—LOS ANIMALES FOSFORESCENTES—JAPÓN HISTÓRICO Y ARTÍSTICO (Kamakura y Nikko): Ruinas y mausoleos (continuación).—MANIFIESTO BOXER.—LA TAPICERÍA EN PERSIA.—CRÓNICA.—VARIEDADES: Las tres cosas del tío Juan (cuento).—SUSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA «OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.»—BARTEK EL VICTORIOSO, cap. X, novela, por Enrique Sienkiewicz.

Grabados.—ALTO TONKÍN: Salto del río en los alrededores de la pagoda Phuc-Le (Song-Chay).—Mujeres Mans del Song-Chay Superior.—Un paseo por el bosque.—Jefe de Qunc acompañado de su familia.—Cuartel del destacamento de Van Ban.—JAPÓN: Nikko: El sepulcro de Iyeyasu.—Nikko: Pagoda.—Nikko: Escalera que conduce á la tumba de Iyeyasu.

CON LICENCIA ECLESIASTICA

CORRESPONDENCIA

KUY-TCHEU (CHINA)

EL HAMBRE

El Vicario apostólico de Kuy-Tcheu nos remite la siguiente conmovedora carta del P. Poinset. La pintura que de su distrito hace el incansable misionero es real, y cuanto dice de Tsen-y puede decirse en general de toda la Misión del Kuy-Tcheu. Después de tres años de escasez, el hambre ha llegado á su período álgido. No podemos socorrer á los paganos que llaman á las puertas de la casa Misión pidiendo de comer, ni tampoco á los cristianos que tanto amamos y á quienes vemos morir de hambre y de miseria. Los fieles de la capital de la provincia eran 1,500, y pasan de cien los adultos muertos de hambre. El número de los niños muertos es mucho mayor. Uno mis súplicas á las del P. Poinset, y espero de la caritativa Europa una limosna que salve de la muerte á estos infelices que sufren los horribles, los incomparables tormentos del hambre.

CARTA DEL P. POINSET DE LAS MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS

Kuy-Yang-fu, 1.º Junio 1901.

¡El frío me entumece! ¡qué helada está la choza!...
Tengo hambre: socorredme, vosotros los felices.
No me dejéis morir.

¡Cuántas y cuántas veces durante el triste invierno he oído repetir con voz apagada, moribunda, este llamamiento supremo, salido de labios de un niño inocente, que, abandonado de sus padres, muere de hambre y de frío!

El hambre ha sentado entre nosotros sus reales horribles, negros: la lluvia constante pudrió la última cosecha de arroz: la anterior, fecundizada por el beso ardiente del sol de verano, nació, floreció: dos meses monótonos, interminables, permaneció el cielo sereno, sin una nube, y ni siquiera una gota de agua vino á dar vida á aquellos arrozales inmensos, que murieron de sed. Perder dos cosechas sucesivas es en Kuy-Tcheu más que suficiente para que muera de hambre una multitud de desgraciados. Perdidos, olvidados en el corazón de nuestras montañas, carecemos no sólo de medios de rápida comunicación, sino también de las de comuni-

cación no rápida: desconocemos los carros, á quienes los que llamamos caminos se negarían á darles paso; los ríos son caprichosos torrentes que cambian de cauce cuando están hartos del que seguían, y en consecuencia no es posible ni soñar en navegarlos. Los únicos vehículos que poseemos son hombres y jumentos. ¿Y qué es la carga que puede transportar un mulo, ó cien mulos, ó mil mulos para una población tan densa, tan innumerable como la que bulle en estos valles y montañas? Y suponiendo que lográsemos hacernos con arroz, ¿cómo pagarlo? ¿Dónde está el dinero? Los pobres no tienen un maravedís; tierras, muebles, vestidos, cuanto poseían lo vendieron al empezar á sentir los efectos del hambre; hoy nada tienen, nada pueden vender.

Millares, y quizás seré más justo diciendo millones de hambrientos, recorren las montañas y cavan la tierra buscando raíces de helechos que, lavadas, hechas secar, molidas y amasadas dan un pan regular, que pueden comer los hambrientos; pan insuficiente para restaurar las fuerzas perdidas. ¡Y éstos son los más afortunados! Otros arrancan la corteza de los árboles, la muelen y mezclan con hierbas ó paja, y hacen una papilla detestable que ni por un momento apaga el hambre, y acaba matando al que la come, pues le destroza el estómago. Otros se alimentan... ¿me atreveré á decirlo? ¿me atreveré á escribir que algunos padres han muerto sus hijos pequeños para tener con que aplacar el hambre que les tortura? Muchedumbres de infelices se tienden á lo largo de los caminos y esperan, exhaustos, perdidas las fuerzas y perdidas las ilusiones, la hora de cerrar los ojos y empezar á dormir el sueño eterno. ¡Mi mulo, para poder seguir andando, ha debido clavar sus cascos en los cadáveres humanos que cubren los caminos!

Para colmo de desgracias, las fieras, atraídas por el hedor de los cuerpos putrefactos é insepultos, abandonan las selvas, se multiplican de una manera horriblemente espantosa y nos visitan; visitan á los hambrientos... Donde resido, en pocos meses y en un radio muy pequeño pasan de cien los devorados. Dos encantadores niños de diez y doce años respectivamente fueron muertos en presencia de sus padres. Uno hallándose en el corral ayudando á su padre á dar un pienso y atar al búfalo: anochece... una sombra... un grito... la pantera lo cogió por el cuello. El padre, loco de terror, corre; logra agarrarse á la cola del animal y lo sacude con fuerza, con tal desesperación, que le obliga á dejar la codiciada presa; pero era tarde: las garras de la pantera habían causado una herida muy profunda, y á las pocas horas, tranquilo, apacible, cerró los ojos y voló al cielo aquel niño feliz, envidiado de esas muchedumbres hambrientas que se quedaban en el mundo á seguir sufriendo. Otro niño, primo del anterior, salió acompañado de su madre y de varios amigos ó vecinos á cortar leña en el lindar de cercano bosque, cuando de súbito un tigre joven salta de entre las altas matas que cubren el suelo, cae sobre el niño y se lo lleva: asustado por los gritos y las piedras con que le perseguían los compañeros de la víctima, la fiera dejó su presa á unos cien pasos de distancia. Y el niño era cadáver.

Me han obligado, esta es la expresión, á abrir un asilo para niños huérfanos. Primero me negaba en absoluto á admitir los niños que me presentaban: ¡los dejaban cabe á la puerta, y tenía el mal corazón necesario para oír el desesperado llorar de aquellos angelitos, que cuando sabían hablar me llamaban pidiendo les abriera!.. Pero, me decía: careces de local para albergarlos, careces de dinero para alimentarlos... Empecé á dudar; el llanto no interrumpido de aquellos angelitos que me llamaban con voz débil, con la voz de los hambrientos, me destrozaba el alma y el corazón. ¡Los vi tan horriblemente desgraciados!... Admití uno, luego dos, luego tres... ¿cómo cerrar la admisión? Medité y me dije: Dios te los envía, Dios te dará medios para alimentarlos; casi sentí remordimiento de mi pasada desconfianza... y ayer admití el ciento veintiséis. Por ellos, caritativos lectores, os tiendo la mano.

¡Cuán cariñosos, cuánto me quieren, cuánto les quiero á estos desgraciados pequeñuelos! Me los entregan muchas veces en el más primitivo de los trajes: delgados, pálidos, huesos vestidos de piel amarilla: pero unos días de solícitos cuidados, un traje nuevo, la gracia regeneradora del santo bautismo, y vedlos transformados en hermosos querubines. Los hay de toda edad y categoría: puedo presentaros un jorobadito, dos tuertos, un mudo, un patizambo, dos ciegos, un cojo, etcétera; pero si el cuerpo es deforme el alma es bellísima, y sus inocentes rostros me sonríen recompensándome del trabajo que me dan y del amor que les profeso.

¿Cómo albergar tanta gente? Los niños me lo he arreglado sin grandes dificultades: todo consiste en dormir cada día un poco más estrechos: duermen en mi aposento no muy grande, pero cuando nadie llora dormimos á pierna suelta. Para las niñas careciendo en absoluto de local, me he visto precisado á colocarlas mediante el pago de módica pensión en casas de familias católicas.

Nunca faltan almas buenas que ayudan. ¿Queréis que os presente una? María Liu, sola, completamente sola, cuida cincuenta niñas. Tiene la talla y el porte de un coronel de coraceros, cuando el domingo acompaña á oír Misa á su pequeño batallón de niñas, la mayor de las cuales no le llega á la rodilla. En el brazo izquierdo lleva cual si llevase una paja tres niñas de pocos meses. Tiene la mano ligera y la lengua algo larga, pero excelente el corazón. ¡La veréis levantada antes que la aurora, peinar, lavar, vestir y arreglar estas cincuenta niñas, que alegres y hasta elegantes asisten á la Misa, que celebro á las seis de la mañana! Esto tiene algo de prodigioso. No es posible que Dios deje de premiar tanta abnegación. El amor de los pequeñuelos recompensa los sacrificios. Un día entro en esta casa asilo. En el patio nadie, en la cocina nadie. Llamo, y me responden sólo gemidos; y encuentro á las cincuenta niñas encerradas en la sala dormitorio y llorando á lágrima viva:

—¿Qué pasa? ¿por qué lloráis?

Y todas á la una me responden:

—Lloramos porque nuestra madre se muere.

¡Pobres criaturitas! Vieron á María Liu echarse en cama atormentada por enorme forúnculo, y lloraban al verla padecer creyéndola próxima á morir.

Esta situación no puede prolongarse: resulta perjudicial para la instrucción y educación de mis pequeñuelos; es preciso que tenga á mi gente al alcance de mi mano: dentro breves días confío poder reunirlos en un local vecino á la residencia. Y luego con las limosnas que me remitiréis vosotros, queridos lectores míos, construiré á la sombra de la iglesia de Nuestra Señora de Lourdes un asilo de huérfanos digno de tal nombre, donde los asilados puedan recibir, junto con los cuidados corporales, los espirituales, de que tienen tanta necesidad estas flores salvadas del fango del Paganismo... Veo... veo dentro unos años salir de este asilo una falange de jóvenes conocedoras y exactas cumplidoras de sus deberes, piadosas, cristianas prácticas, excelentes; y las veo virtuosas madres de familia, rodeadas de numerosos pimpollos cristianos como sus padres; y los pimpollos crecen siempre cristianos y se casan y... ¡Sueños! ¡sueños!... ¡cuánto sueña un misionero!

Volvamos á la triste realidad: hay que dar de comer á estas boquitas hambrientas. Sin el misionero, sin vuestras limosnas, la suerte de estos niños hubiera sido la de tantos otros: morir ahogados en el río, donde los arroja su madre, ó morir de hambre en la calle, donde sus padres les dejaron abandonados. Anteayer una madre me llevó un hijo. Al pasar el puente se asomó á la baranda, y dejó caer dos hijitos pequeños que llevaba en brazos. El que me presentó debía sufrir igual suerte, pero grande ya de doce años, se resistió, y logró salvarse. Unos transeúntes, testigos de la horrible escena, aconsejaron á la madre que me lo llevara. Vino, y derramando abundantes lágrimas me ofreció éste y otro hijo: los únicos que le quedaban.

A otra de mis hijitas su madre la arrojó al río: una buena cristiana, advertida del hecho por una mujer que lo presencié, se echó al agua y tiene la suerte de salvarla: pero la debilidad, la miseria y la impresión de aquel baño helado, junto con el natural terror, hirió de muerte aquella débil planta, que el beso de los días marchitaba: huyó de este valle de miseria, y volóse á florecer en los jardines del cielo.

Cada limosna salvará una vida. ¡Para los huérfanos, para los hambrientos... uña limosna por Dios!

HONG-KONG

Desde Hong-Kong nos escriben la siguiente carta, que contiene interesantes detalles sobre el estado actual del celeste Imperio:

Hong-Kong, Octubre de 1901.

No sé cómo escribir sobre los asuntos que desde hace tiempo se vienen desarrollando en este vasto imperio de China, porque si fuera á hacerme eco de todo lo que se habla y escribe sobre el particular, me hallaría con frecuencia envuelto en mil contradicciones, y los lectores no sabrían á qué atenerse en asunto tan trascendental como es el estado actual, y sobre todo, el porvenir de China; y en su consecuencia, la actitud de las

Potencias en las complicaciones que á no tardar han de surgir de nuevo en este tan desgraciado cuanto dilatado imperio. Porque no hay que hacerse ilusiones: China está mal; sus fundamentos se han conmovido, y sus instituciones, su Gobierno y su modo de ser en general, sufrirán un cambio que de seguro no ha de ser nada beneficioso á ninguna de las naciones europeas, y mucho menos á los individuos de las mismas, que bien por un motivo, bien por otro, viven entre estos celestes.

El malestar de China es grande; y en la conciencia de todos está, que las naciones europeas son las verdaderas y únicas culpables de todos los males que hoy lamentamos. China, que por algunos siglos ha tenido abiertas las puertas á los que del Occidente venían á anunciarla la Buena Nueva, hoy las quiere cerrar á esos mismos predicadores, porque según unos cuantos escritores sectarios, ellos han sido la causa de los actuales trastornos, por sus injusticias en apoyar siempre al neófito aún contra razón, y conculcando con frecuencia los justos derechos de los que no han tenido á bien alistarse en las filas del Cristianismo.

Cierto que no es la prensa protestante la que se hace eco de las anteriores calumnias lanzadas contra los misioneros católicos, porque á nadie se le oculta que si los evangélicos, episcopales, metodistas, etc., etc., tratasen de meter la mano en su seno, tentarían muy hondas llagas, las que, antes de descubrir y quedar á la vergüenza del mundo entero, tratan de ocultar, procurando probar por todos los medios, que ni el misionero católico ni el protestante han sido la causa del malestar actual. ¿Puede, sin embargo, el misionero protestante presentarse en todas partes con la cabeza levantada y con la conciencia tranquila, como lo hace el católico? No hay duda que los protestantes han tenido gran parte en la siembra de la semilla del odio al extranjero, si bien los comerciantes, y más que todo, los Gobiernos de Europa, son los que han beneficiado esta planta que está dando frutos tan amargos. El honor europeo, pero en especial el de las naciones que envían á China misioneros protestantes, queda muy por los suelos ante el chino, que, por delante de su apartado tugurio, ve pasar multitud de pastores y pastoras en busca de las ovejas que se hallan en las ciudades y sitios confortables, dejando las que viven en miserables chozas. Esto, y el modo de proceder, á veces no muy ajustado, de los que debían ser los primeros en dar buen ejemplo, son la causa de las pocas conquistas y simpatías del Protestantismo, á pesar de las grandes sumas que se aprontan á los que consienten en añadir su nombre al de otros que figuran entre los adeptos, no por convicción, sino por el provecho material que se les sigue.

A los misioneros católicos, en ninguna manera se les puede aplicar lo que antecede; de ahí que los chinos que se determinan á engrosar las filas del Catolicismo, no lo hacen por interés alguno temporal, sino por pura convicción, y por el atractivo y encanto que llevan consigo la pobreza y humildad evangélicas.

Pero de todos modos, si hemos de dar más crédito á los que han escrito sobre el particular con verdadero conocimiento de causa, que á los cuatro gacetilleros que no hacen más que hablar por boca de ganso, ni el

humilde sacerdote católico, ni aún tampoco el pomposo ministro protestante, han sido la causa de la actual conmoción que se ha dejado sentir hasta en los más apartados rincones del Imperio Celeste. Inglaterra, Alemania, Rusia, Francia y Japón, cuyos solos nombres recuerdan á los chinos los de Hong Kong y Kowloon, Weihaiwei, Kiaochao, Talienwan y Port Arthur, Manchuria, Formosa y Qwang chowwang, he ahí las causas productoras y conservadoras del odio que el chino tiene á todo extranjero. Y de que esto sea así, dan buen testimonio los misioneros que viven en contacto con la gente sencilla del pueblo, que no se percata de cantar canciones y recitar versos contra los diablos extranjeros, aún delante del mismo misionero á quien aman como á cariñoso padre, y en quien ven á un amigo generoso y confidente. «Que nos vuelvan Hong Kong, que nos vuelvan Hong-Kong,» dice el estribillo de unos versos escuchados por un misionero católico, en los cuales versos salen á relucir las expoliaciones de los citados puertos y territorios.

¿Pero á dónde me he metido, señor Director? Pensaba decir cuatro cosas sobre los actuales sucesos de China, y después de mucho escribir, me encuentro que no he dicho nada aún, y ésta es ya muy larga. Sirva como prólogo para las que espero escribir, valiéndome de datos que he sacado de la prensa de estos últimos meses, y más que todo, traduciendo, si bien sea libremente, algunos artículos de estos periódicos, en cuyos artículos se encuentra más compendiado lo poco que las naciones hacen para el establecimiento de la paz, que ellas mismas han perturbado.

Hasta otra se despide de Vd. y se repite su afectísimo s. s. q. b. s. m.

F. HOLE.

EGIPTO-DELTA

LA PESTE EN ZAGAZIG

La siguiente carta refleja la aflictiva situación de la actualmente tan probada Misión de Zagazig.

CARTA DEL R. P. CHAUTAID, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES AFRICANAS DE LYÓN

Hace algunos años que la peste causa en Egipto, y especialmente en Port-Said y Alejandría, numerosas víctimas. En constante comunicación con la India y Bombay, donde el terrible azote reina y devasta hace cinco años, las dos citadas ciudades eran las más expuestas á recibir la desagradable visita de la contagiosa enfermedad.

¿Nos explicará esto la aparición de la peste en Zagazig? Es posible y aun probable que así sea atendiendo la situación de esta ciudad, cruzada por el ferrocarril que une el Cairo, Suez y Port-Said. Siendo el clima que en Zagazig disfrutamos muy saludable, gracias á la vecindad del desierto, causó general sorpresa y nadie se resolvía á creerlo, el anuncio de los primeros casos de peste. Los bubones se vieron clara, indudablemente, en docenas de enfermos, y personalmente



ALTO TONKIN.—MUJERES MANS DEL SONG-CHAY SUPERIOR.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. (Pág. 247)

comprobé su presencia en uno de los niños asilados. Debimos ceder á la evidencia.

A pesar de la inmediata é inteligente asistencia del Dr. Berbari, médico del Hospital del Gobierno, algunos casos fueron mortales, lo que bastó para que los habitantes de Zagazig huyeran espantados (los fugitivos suman 15,000, la población de la ciudad es en tiempos normales de 40,000), siendo, como es natural, los primeros en huir los más ricos. Prueba de ello es la estadística publicada por el cónsul de Grecia: de los 2,000 griegos que en Zagazig residían quedan en la actualidad diez familias.

Consecuencia necesaria ha sido la paralización de los negocios, y la más horrible miseria en las casas de los obreros y pequeños industriales y comerciantes.

La Misión católica no podía librarse de la terrible prueba. Las cotidianas oraciones elevadas al cielo con fe y esperanza, invocando la protección de la que veneramos bajo el título de *Salus infirmorum*, de San José, patrón de Zagazig, y de San Roque, han preservado del azote al personal de la Misión; pero nuestras escuelas sufren los desastrosos efectos, y en consecuencia han disminuido los medios de vivir, pues los únicos con que cuenta la Misión son los ingresos que las escuelas le proporcionan.

A las súplicas que á las almas caritativas de los países civilizados dirigen los misioneros de las cinco partes del mundo, vengo á sumar la mía. ¡Dios mío! ¿osaré preguntarte por qué has hecho el apostolado tan di-

fícil y costoso? ¿Por qué tus apóstoles han de sufrir siempre privaciones materiales? Tus Angeles te sirven con la rapidez de los espíritus: *Qui facit Angelus suos spiritus*. Y tus misioneros no sólo carecen de las alas de tus Angeles; pero muchas veces no pueden, pues no tienen dinero, aprovecharse ni de las alas del vapor ni de la electricidad. Desconocidos nos son, Señor, los designios de tu infinita sabiduría; ¿pero será temerario afirmar que al dejar que el misionero sufra tantas necesidades temporales es, en mente divina, para el misionero una lección de humildad y para los fieles una lección de caridad? Estos, enseña el Evangelio, tienen el deber de ayudar á los ministros del Altísimo. Y á cumplir este deber mueve el interés, pues Dios promete igual recompensa que á sus apóstoles al que, en nombre de Dios, albergue ó ayude á uno de ellos.

Los misioneros no acostumbramos á pedir para nosotros: hoy pido por los pobres niños que albergamos y por los enfermos que asistimos. En Zagazig, al igual que en las otras Misiones de Egipto, tenemos un dispensario. ¡Qué horribles enfermedades las de este Oriente árabe! Dos años cuidé enfermos en la Guinea: nunca vi ni soñé tan horrible variedad y tan repugnantes enfermedades como azotan el Egipto: en Zagazig hemos comprobado un caso de *elephantiasis* y otro de *leontiasis*.

¡Cuán triste y á la par cuán interesante sería la historia de nuestros dispensarios! Un día la Hermana enfermera ve una mujer árabe llevando en la cabeza un

cufin (cesto redondo): la Hermana le va al encuentro creyéndose que, cual suele suceder, el cesto estará lleno de sandías, zanahorias ó cebollas de Egipto. Pero ¡cuál no es su sorpresa al hallarse con un niño cuya extrema delgadez inspira lástima y hace llorar!

—Mi esposo me ha abandonado, suspira la desventurada madre; nada tengo para aplacar el hambre que tortura á mi hijo, y voy á echarlo al canal.

La Hermana socorre á la madre y al hijo, y les ayuda hasta que la madre logra ganarse el pan de cada día.

Otro día es un hombre que un beduino compasivo ha llevado en su camello desde el más remoto extremo del desierto, dejándolo á mitad de la calle delante el dispensario. Exhala un hedor insoportable; los vecinos gritan. Sor Esteban sale presurosa con la botella del ácido fénico; y en el cuerpo del paciente descubre horrible llaga gangrenada, donde viven y se agitan centenares de gusanos.

—¡Por Alá misericordioso, dame un veneno! grita el beduino, ¡no quiero vivir! En vano busqué que *babur* (1) me aplastara; el *babur* se ha burlado de mí.

La Hermana, provista de un pincel, ataca á los gusanos que se comían vivo al desgraciado, y los gusanos huyen y corren por la calle hasta que las hormigas hacen de ellos seculento banquete.

—La gangrena está muy avanzada: precisa cortar la pierna.

—No, exclama el árabe: ¿por qué nuevos tormentos? prefiero la muerte: dame un veneno, ó al menos un vaso de agua, y déjame morir tranquilo: no puedo comer: los gusanos, que han destrozado mi nariz, empiezan á corroerme la boca.

La Hermana prodiga al enfermo los más solícitos cuidados, hasta que exhala el postrer suspiro.

Hechos son los referidos que tomo entre mil, pues en el dispensario de Zagazig asistimos anualmente más de 30,000 enfermos, lo cual, sabiendo que el dispensario cuenta veinte años de existencia, da un total de 600,000 enfermos asistidos. Fácil es, pues, comprender cuán pesada es la carga de la Misión, en especial cuando la peste nos azota.

A los enfermos hay que sumar los niños pobres, á quienes debemos educar y muchas veces alimentar gratuitamente. La iglesia de San José necesita campanario, ser revocada y otras muchas cosas, pero prescindamos de ellas; fijémonos en los templos espirituales de Dios antes que en el templo material: para los enfermos, para los niños pobres, ¡una limosna por Dios!

ARAUCANIA

Los antiguos dueños han abandonado el fértil suelo de su patria, en defensa de la cual derramaron tantas veces heroicamente su sangre. Bajo cualquier pretexto

abandonaron lo que les legaron sus padres, sucediéndoles lo que del *lobo* y del *cordero* nos cuenta la fábula.

¿A dónde han ido los indígenas despojados de sus propiedades? A diversas partes, donde pueden vivir con más tranquilidad, y muchas de esas familias han pasado de propietarias á inquilinas.

La libertad que tenían en los primeros tiempos de poder enajenar sus terrenos, los redujo al último extremo de su indigencia. Por un maravedí han dado lo que poseían, sin saber lo qué hacían y perdían, y cuando han despertado del largo sueño que su ignorancia é inmorigeradas costumbres les habían proporcionado, ya era tarde; no teniendo que tocar otro resorte que salir de su hogar, y muchas veces sin rumbo fijo, como lo hiciera en otro tiempo Agar al ser despedida de la casa del patriarca Abrahán, con su querido Ismael, para buscar en el desierto de Arabia un asilo y no perecer de hambre y sed.

Pues entonces, ¿qué debe hacerse para que esta raza titánica no se extinga y desaparezca de nuestro suelo? Es precisamente lo que ha practicado el Gobierno en los últimos tiempos; designando á cada jefe de una tribu una porción de terreno para que la cultive con los mocetones y cabeza de cada familia, sin darles derecho de enajenar bajo ningún pretexto. De ese modo trabajan con entusiasmo, viendo que ningún vecino puede darles dinero, con promesa de contrato, ni desapropiarlos de aquellos bienes raíces que poseen con el solo título de usufructo. Esta es la manera de hacerlos volver sobre sus pasos, y que sean en lo futuro dueños y señores como sus antepasados.

He visto en aquella zona de la baja frontera, veinte años atrás, más de una vez, que al indígena dueño de un fundo, después de habérsele rematado por cuentas atrasadas, y por un valor nominal, se le dejaba en posesión de su ruca, con una hectárea de terreno, para que se mantuviera con su familia, mientras que por alguna eventualidad no abandonasen aquel sitio; pero, como del árbol caído todos hacen leña, sucedió que, ya la peste de viruela en una época, ya el terrible flagelo del cólera morbo en otra, asoló á muchas familias indígenas, y los dueños de los fundos, para acabar radicalmente la infección de aquella peste, hacían desaparecer de los ranchos los restos de aquella familia, cambiándolas de local, y de ese modo concluir con los microbios que pudieran quedar entre las pajas y maderas de la casa. Quedando de ese modo finiquitado todo contrato verbal, aun cuando algún sobreviviente heredero reclamara su derecho.

Al sobreviviente no le quedaba otro camino que retirarse mohino de aquella posesión, á la que no se le permitía acceso, por haber ya perdido su acción y derecho con la incineración de los microbios y con ellos su *rucal-palacio*. Sucedió á estos infelices, lo que experimentaron los cartagineses, después de haber sido destruida su populosa ciudad por los romanos, los que miraban desde lejos los escombros de la que fué señora del Africa, fundada por la Dido Fenicia. Pues los indígenas ven con ojos llenos de lágrimas sus antiguas propiedades, las que han sido el orgullo y despotismo de sus antepasados. ¡Triste cosa es, pero tal ha sido el desenlace fatal de su ignorancia y falta de cultura!

(1) Palabra derivada de vapor: significa locomotora.

De ahí resulta que muchas tribus de la Araucanía, que eran el semillero de los grandes y poderosos caciques que tuvieron á raya é hicieron retroceder, en muchos encuentros, á los más esforzados capitanes de la metrópoli ibérica, no quedando al presente más que la huella de lo que fueron sus ricas propiedades, el recuerdo histórico de la multitud de los denodados conas, que estaban bajo sus órdenes, de las hazañas heroicas en que se distinguieron en mil combates durante esta guerra tenaz, que sostuvieron por espacio de tantos años, que ha sido una epopeya que los ha inmortalizado, cuyos nombres los escribe la historia con letras doradas en su margen.

La juventud araucana recuerda á esos prohombres del pasado, pero de un modo tan débil que parece que ya no corre por sus venas aquella noble sangre, que los hacía levantarse cual espartanos, para pelear con heroísmo y sacudir el yugo de su servidumbre.

Aquellos bravos corrían con la velocidad del rayo de un extremo á otro de la Araucanía, para noticiarse de lo ocurrido y manifestar con toda prontitud á los suyos lo dictaminado en los altos Consejos para atacar al enemigo ó ciudad, á donde dirigían sus flechas y lanzas.

Sus reuniones las hacían con suntuosidad y á la vez gravedad, oyendo á los ancianos del pueblo y guerreros de más nombradía de su tiempo. Allí deliberaban con madurez lo que juzgaban más oportuno para obtener un feliz resultado: mas después de haber reforzado con poderosos razonamientos lo proyectado, si creían que les sería favorable lo ponían en práctica. Para ello tenían presente lo que practicaban los persas cuando querían declarar la guerra ó tratar de asuntos internacionales. Si durante la asamblea se bebía licor y que éste fuera la causa de desvanecer su inteligencia, trastornando la razón, dejaban para el día siguiente sus acuerdos, cuando el sol del claro entendimiento alumbraba sobre todos los circunstantes, sin que nubecilla alguna levantada por los vapores del alcohol perturbase la marcha de su buen criterio.

Si veían los araucanos que lo determinado durante aquella asamblea era conforme, lo ponían en práctica; de lo contrario, lo daban como no hablado.

Dando al presente éstos una mirada hacia los pasados tiempos, cuando sus progenitores eran dueños de esos suelos que ahora están ocupados por criollos chilenos y colonos europeos, exclaman con el filósofo: *O tempore! o mores!* ¡Oh tiempos! ¡oh costumbres! Pasaron las glorias de nuestros padres, y con ella las salvajes costumbres que les daban los laureles de su heroísmo. Ellos han desaparecido como el vapor que se levanta de la tierra en una hermosa mañana de primavera, sin dejar vestigio alguno de sus riquezas, y con ellos se destruyó ese orgullo que no les hacía reconocer otro jefe que su propia voluntad.

Los nobles hijos de los caciques y hulmenes de la tribu de Lilcura, al saber que el ejército español, que guarneecía el fuerte de Tucapel, huía hacia Purén, salieron procesionalmente al camino, cantando himnos religiosos, los que habían aprendido de los misioneros, con el fin de distraer á los vencidos fugitivos y que por ese medio pudieran caer en las redes de hilo finísimo que les tejían con sus melodiosas voces. Pero los es-

pañoles, conocedores de la astucia de que se valían los araucanos para tomarlos vivos, cual leones enjaulados, huyeron de esas sirenas que los encantaban; haciendo éstos lo que ejecutó en otro tiempo el rey de Ítaca, Ulises. Pues así como éste ordenó á sus compañeros que se tapasen los oídos y él mismo se hizo amarrar en el mástil de su navío, así también el capitán Martín Ariza, pudo librarse no dando oídos á esos cánticos, sino marchando con la velocidad de la paloma perseguida por el fiero gavilán, que era el ejército araucano, capitaneado por el vice-toqui Lautaro, que venía en su persecución; habiendo tenido lugar este hecho en los últimos días del año 1553.

Esta raza degenerada y amenazada de muerte abre los ojos á la fe católica, y ella es la única que puede salvarla y volverla á su antigua grandeza y sorprendente poderío.



DIEZ AÑOS EN EL ALTO TONKIN

POR EL P. GIROD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS

VII.—DIFICULTADES EN NGO XA.—LAMENTABLE EQUIVOCACIÓN.—HISTORIA SUGESTIVA Y TRÁGICO FIN DEL BOY BA.—QUYEN AO.—CASUAL ENCUENTRO CON UN PIRATA.—VIEJO AYUDANTE.

Gracias á la buena voluntad de todos, la casa parroquial y la iglesia de Du-Bo, incendiadas por los Pabellones Negros fueron sustituidas provisionalmente por dos chozas ó poco más, donde celebramos los divinos Oficios.

Los cristianos, que ven siempre suspendido sobre sus cabezas el amenazador é inexorable cuchillo de los piratas, cuidan solícitos de tener en regla sus conciencias, y la práctica enseña cuán grande verdad es aquella de que el temor de Dios el principio de toda sabiduría. *Bonum est conficere in Domino*. Los destacamentos franceses de la región no pueden proteger con la eficacia necesaria los pueblos amenazados, contribuyendo á ello el temor, incomprensible por lo extremado, que tienen los indígenas de delatar los movimientos y planes del enemigo. Sucede, pues, muy frecuentemente, para no decir siempre, que las expediciones militares fracasan, y que el oficial, enojado viendo que su excelente voluntad y sus fatigas resultan inútiles por la inercia de los que en realidad son los primeros interesados, se entrega á veces á medidas de rigor excesivo. Buena prueba de ello es el siguiente hecho, auténtico, y del que fué teatro Ngo-Xa pocos meses antes de nuestra llegada.

Protegía esta cristiandad floreciente, de setecientos adultos bautizados, un destacamento francés: éste se retiró, y los cristianos quedaron á merced del cruel Quyen Ao. Cada día era Ngo-Xa teatro, de un nuevo vejamen, de un nuevo asesinato. Amenazados de muerte aquellos cristianos, sufrían en silencio todas las iniquidades, temiendo siempre una matanza general. Un



ALTO TONKIN.—UN PASEO POR EL BOSEQUE.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. (Pág. 247)

día cogieron un pirata en el preciso instante en que robaba, y se reunió consejo de notables para discutir qué debían hacer del prisionero. Deliberaron... Como siempre, hubo pareceres encontrados.

—Entreguemos el culpable al jefe de la guarnición de *Mink-Coi*, decían unos.

—No, contestaban otros; Quyen Ao vendrá á reclamarlos á su súbdito, y entonces ¡estamos perdidos!

Prevaleció la primera opinión, y dos jóvenes que desempeñaban el cargo de *Xa* (jefes de turno) partieron á comunicar en nombre de los reunidos al jefe de *Mink Coi*, que en el pueblo tenía un pirata á su disposición, y que no se atrevían á entregarle ostensiblemente por temor de las represalias del poderoso jefe del prisionero.

El oficial partió acto seguido acompañado de fuerte

destacamento, creyendo se trataba de un ardid de guerra y que le habían preparado alguna desagradable sorpresa. Al llegar al pueblo su desencanto fué grande. Los notables le esperaban, pintados en el rostro sus fundados temores; se postraron á los pies del oficial pidiéndole perdón por haberle molestado inútilmente... el pirata prisionero gozaba otra vez corriendo los campos inmensos.

El jefe imaginóse que aquellos hombres eran hombres de mala fe; mandó fusilar sin formación de causa á los dos jóvenes *Xa* que le habían comunicado el acuerdo del consejo de notables. Ambos estaban casados y eran padres de familia.

¡Y luego se quejan de que los católicos indígenas no descubren los movimientos del enemigo!

Otro detalle de las costumbres de esta desventurada época de desórdenes.

Sería poco más del medio día del Jueves Santo cuando se entró en mi casa, sin anunciarse ni pedir permiso, un belga, sargento, que venía en busca de noticias cumpliendo la orden del capitán R..., jefe del destacamento de Van Ban, llegado al Tonkín hacía pocos días.

—Dígame V., Padre, ¿qué hay de nuevo?

—Poca cosa, le contesté: me han asegurado que el alcalde Phung-Vi ha desaparecido.

—Es verdad y estoy encargado de buscarlo: tengo la certeza absoluta de que este animal huye de la carga y quiere irse

á comer el pan de los piratas.

El emisario del capitán lo sabía con certeza absoluta. Pues bien: aquel alcalde indígena y católico, lejos de haber huido, se hallaba preso en una casa vecina al destacamento de Van Ba; y quien había decretado la prisión y había encarcelado á la víctima del decreto, era el omnipotente *boy* Ba, criado indígena del capitán R..., el cual *boy* Ba se daba el título de intérprete regional, y enviaba á los Ayuntamientos circulares exigiendo le pagasen determinadas cantidades en rescate de los que lograba aprisionar. Presenté é hice examinar por el sargento una de estas hojas, escritas en caracteres chinos y sellada con el sello del comandante de la región.

—Si dudáis de la verdad de esta criminal estafa, dije al sargento, visitad tal casa: encontraréis al alcalde

de Phung Vi en el estado que indico: además, en el escritorio del *boy* encontraréis otras circulares parecidas al ejemplar que os he enseñado y que no quiero entregar.

Se descubrió cuanto declaré al sargento, y el desgraciado *boy* Ba, juzgado sumarísimamente y declarado culpable de falsificar el sello rojo del Estado, pagó su crimen con la cabeza.

Se me dirá que es deber enseñar con el ejemplo... Sin embargo, la muerte fatal del *boy* me entristeció, contribuyendo á ello el ver á sus cómplices trabajando desesperadamente para lograr le cortasen la cabeza sin pérdida de momento, para que se llevase al sepulcro cuanto á ellos podía perjudicarles, cuanto podía impedirles el tranquilo goce del fruto de sus rapiñas... ¿Qué hombre el P. Bac, verdad? ¿y qué historias tan poco eclesiásticas nos cuenta?... ¿Creéis preferible callar y dejar que os apedreen escribas y fariseos?

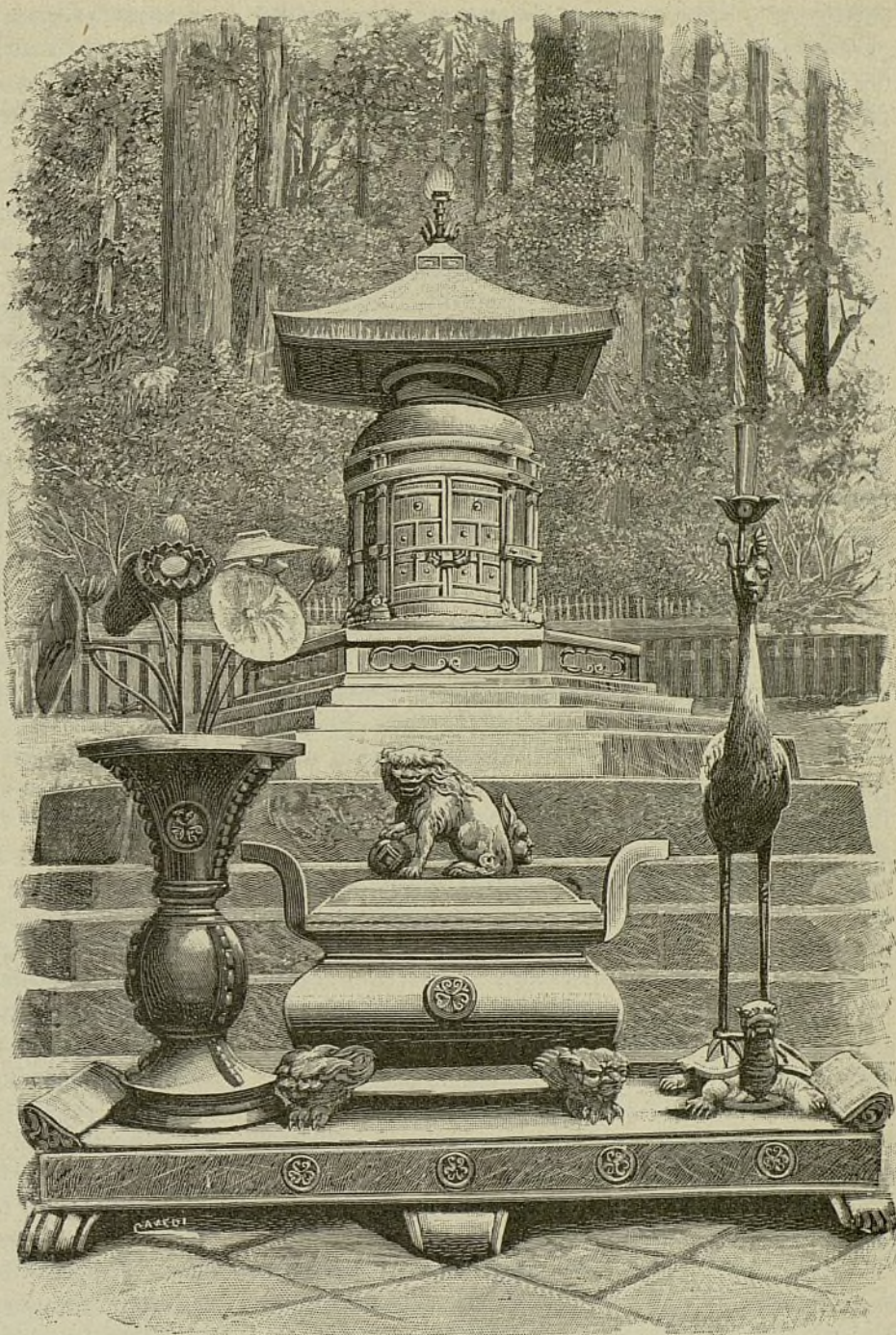
Tal era la situación cuando, celebradas en Du-Bo las fiestas de Pascua, nos dirigimos á misionar en Ngo Xa, donde permanecí hasta fines de mes, mientras el P. Beaumont visitaba rápidamente las cristiandades del Norte del río Rojo, en la provincia de Tuán Quán, hoy llamada Yen Bai.

Es indudable que la Virgen María vela siempre por el misionero y de una manera especial durante el mes de Mayo: celebraba el santo sacrificio de la Misa, y los piratas llegaron hasta

la puerta de la iglesia, para demostrar que cuando quisieran podían cobrarse con nuestras cabezas los malos ratos que quizás involuntariamente les hacemos pasar. Por ahora les resulta más productivo el que vivamos, pues, aunque jamás me lo han echado en cara, estoy cierto que nuestros excelentes católicos pagan á muy subido precio el poder recibirnos en sus casas.

Además Quyen Ao, el viejo zorro, se permite el lujo de respetar las residencias de los misioneros, porque presiente que tarde ó temprano tendrá necesidad de algún misionero que le acompañe á presentar las armas al jefe de los franceses.

Los rebeldes ven que los cristianos no gozan de privilegio alguno; han comprendido que el misionero no es mandarín, ni civil, ni militar. Al anunciárseles el



JAPON.—NIKKO: EL SEPULCRO DE IYEFASU.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Ribaud, de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 254)

protectorado se les repitió cien veces que Francia al establecerlo sobre el Tonkín perseguía un fin comercial, no un fin religioso. Y á esto se debe el que mi cabeza continúe tan campante sobre mis hombros: preguntadle á Quyen Ao si es lógica mi consecuencia.

El Viejo de la Montaña vive escondido en sus guaridas poco menos que inaccesibles, y sus hijos cuidan de correr bosques y montes y llanos, y de aligerar del peso de la bolsa á cuantos aún llevaban unos céntimos en ella. De vez en cuando y á manera de distracción cortan el cuello á determinados individuos que no eran sus amigos... circunstancia atenuante. Hasta ahora no me han dispensado tamaño honor.

Regresando de la cristiandad de Phung Vi cruzaba un bosque acompañado de mi fiel Fidot, cuando se nos presentan de manos á boca dos compatriotas suyos

cuyo gesto y tono imperioso no eran muy á propósito para despertar simpatías. Avanzamos, y quieto á mitad del camino, cual si estuviese resuelto á cerrarme el paso, vemos un hombre joven, alto, robusto, curtido por el sol y picado de viruelas: el tal señor no podía ser otro que un jefe pirata.

—Bien, compañero, ¿y á dónde vamos? ¿á cazar?

Era preciso hablar, y hablamos de cualquier cosa.

—Voy, contestó el inesperado forastero, á comerciar con los montañeses.

—Muy bien, muy bien. ¿Acaso eres pariente de Qu-yen-Ao?

—Soy su primogénito.

—Bien; muy bien. Dile á tu padre que en vez de exponerse á ser víctima de la fiebre de los bosques corriendo la montaña, haría mucho mejor viniéndose conmigo á la casa del jefe de Van-Ban, quien recibirá gustoso y deferente su sumisión.

Y nos despedimos admirados.

Es la única conversación que durante mi largo apostolado he sostenido con un jefe pirata en operaciones. Mi falta, pues, no pone en peligro á la patria en, oposición á lo que opina un viejo africano de Van Ban, quien ¡por Alá! afirma que ¡jamás abrirá su puerta al Padre Bac! Afortunadamente, los jefes de otros destacamentos siempre me reciben con los brazos abiertos. Para sargentos, cabos y soldados es día de fiesta el en que matan algunas horas bromeando ó fumando una pipa con el P. Bac.

Paseamos algunos minutos en compañía de un viejo ayudante que, después del desayuno, me hablaba algo conmovido.

—Vea V., Padre;... no estoy de vena para grandes explicaciones, pero deseaba pedirle un pequeño favor.

—¿Qué pequeño? ayudante, grande... muy grande podéis pedírmelo si gustáis: ¿deseáis confesaros?

—Esto, Padre, cuanto más tarde mejor;... no digo que al hallarme en mis últimos no me confiese: el Padre conoce la vida de este viejo zorro: reír, beber, divertirme... pero en el alma no admito herejías... ¡creo en Dios!

Y al hablar así era sincero, no lo dudo, pero las palabras parecían no querer salirle de la boca.

—Ayudante, tomo nota de vuestra profesión de fe... más vale tarde que nunca... veamos, pues, ¿qué queréis?

—Desde niño que estoy... ¿cómo lo diré? que estoy algo, que siempre he estado junto, digo separado, muy lejos de mi familia...

Luego una historia genealógica referida en estilo tan original, que hago á mis lectores el favor de librarles de ella.

—¿Comprende V., Padre?

—Perfectamente, ayudante: ya veréis qué carta escribo al cura de vuestro pueblo, y entre la carta y el cura el negocio marchará como una seda: veréis satisfechos vuestros justos deseos.

—¡Bravo, Padre mío; mil gracias!... tan cierto como yo me llamo... como me llamo... esta tarde tendré

el placer, el honor, la gloria de enviaros una ración de pan, vino y excelentes platos.

Y antes de despedirnos el valiente ayudante era tan *clerical* que me habló de liberales y de católicos mestizos.

Tales esfuerzos debí hacer para guardar la debida seriedad que estrujé entre los dientes el tubo de la pipa.

Por la noche, ¡ah, por la noche! una cena de oficial...

VIII.—NOMBRAMIENTO DE UN REBELDE PARA LA SUB-PREFECTURA DE PHU NINH.—RESULTADO QUE SUELEN DAR LAS TRANSACCIONES Y EXCESIVA AMABILIDAD EMPLEADAS EN EL TRATO CON LOS MANDARINES.

En Junio, mes de la siega y de las fuertes calores, dejé al P. In el cuidado de la parroquia de Du Bo, y me retiré á pasar unos días de vacaciones en la comunidad de Keto. Al regresar hallé una carta del párroco de Bam-No en la cual me suplicaba trabajase en favor de algunos individuos del municipio de Nhung Bo, presos injustamente por el *Quan Huyen* de Phu Nink, concesionario de primera clase, antiguo intendente militar de las tropas del Bo Giab.

Adivinando que el prestigio y el poder de los rebeldes se acercaban al ocaso, teniendo llenas sus arcas de piastras y barras de plata, peso del que aligeró á otros, que le maldijeron por el *beneficio* que les dispensaba, abandonó á sus antiguos amigos, y gracias á la influencia de poderosos protectores fué nombrado sub-prefecto de Phu-Nink. Al cambiar de bandera el aprovechado sub-prefecto, no cambió de costumbres ni se despojó del hombre viejo, y tales caricias hizo á sus gobernados que á los pocos días todos maldecían sus crueldades.

Sabía que dirigiéndome á las Autoridades de Son Tay sería empresa fácil lograr se hiciera justicia á los que por mediación del párroco de Ban-No pedían intercediera por ellos; pero antes creí deber visitar al sub-prefecto para enterarme personalmente del suceso.

El mandarín puso en libertad á los notables de Nhung-Bo, quienes agradecidos me rogaron les admitiera entre los catecúmenos, á ellos y á cuarenta individuos de sus familias. El Ilmo. Puginier me envió un catequista para poder abrir un catecismo en Nhung-Bo. Durante unos días las cosas marchaban bien, y tuve la satisfacción de bautizar treinta adultos de aquella nueva cristiandad, cuyo patrón era San Francisco Javier.

El porvenir me inquietaba: me había hallado en la triste obligación de eliminar de los que me pedían ser admitidos en el catecumenado á uno cuyas disposiciones me parecían muy sospechosas. Este pagano, despedido y sediento de venganza, debía contribuir á la pérdida de mis neófitos.

A pesar de los pesares en un principio todo marchaba á pedir de boca; el suceso había tenido gran resonancia en la comarca, y el más influyente señor de la populosa villa de Ke Som me visitó rogándome salvase á su familia de la ruina que la amenazaba. Se llamaba Ly Quang y era un venerable anciano de largos cabellos blancos, y aspecto grave y digno. Me dijo que su hermano, el sub-jefe del cantón de Nin 'h, había dado numerosos é importantes detalles á las tropas france-

sas de Thanh-Mai, cuando el jefe del cantón Chanh Cau formaba en las filas rebeldes. Ninh y Chanh Cau se odiaban á muerte.

En un tumulto un cliente de Chanh Cau fué hecho prisionero por los de Ninh, quien autorizado oficialmente para perseguir á los piratas, le mandó cortar la cabeza, apresurándose á presentarla al jefe francés del destacamento de Thanh Mai.

—¡Bravísimo! exclamó el jefe; pero, como es natural, no le firmó recibo de la cabeza que entregaba.

Y cuando el ex *den thi* tomó posesión de la sub prefectura de Phu-Ninh, fué otro el cantar, muy distinto del del primero. El nuevo mandarín había comprado la plaza pagándola muy cara, y deseaba no sólo reembolsar lo gastado, sino también enriquecerse. Su amigo Chanh Can le proporcionó una magnífica ocasión acusando á Ninh de asesinato. Este se defendió brillantemente, explicando el hecho y las causas: el mandarín, haciendo caso omiso de la defensa, empezó á perseguirle con encarnizamiento.

El mandarín necesitaba ó deseaba dinero, y acto seguido amenaza á Ninh que si no aprontaba tal ó cual cantidad sería encarcelado; y Ninh la aprontaba sin chistar. Este sistema de administrar justicia es muy vulgar... en Tonkín: pero si á los jueces les parece de perlas, á los acusados, en especial á las víctimas inocentes, les parece una infamia y un crimen.

La causa seguía la interminable tramitación; el mandarín necesitaba dinero, la bolsa de Ninh estaba exhausta. El sub-prefecto amenazó que traspasaría la causa al tribunal de los Altos mandarines de Son Tay si Ly Quang no salía fiador por su hermano. Así estaban las cosas cuando Ly Quang resolvió visitarme para, protegido por el misionero, ver si lograba justicia por mediación del cónsul francés.

El cónsul en Son Tay era en aquel entonces un anti guo médico de marina que no prodigaba las pruebas de deferencia á los misioneros: antes que pedir su mediación resolví intentar si directamente lograba algo del sub-prefecto, el cual, político hábil, me regaló cuatro paquetes de té, reiterándome su consideración y aprecio. «El asunto Ninh, me escribía, recibirá una solución pronta y satisfactoria, y Ly Quang no deberá salir fiador por su hermano.»

(Continuará).

LOS ANIMALES FOSFORESCENTES

LAS LUCIÉRNAGAS.—LAS LUCIOLAS DE ITALIA.—LOS PI-
RÓFOROS DE AMÉRICA.—BACILOS LUMINESCENTES.—
RANAS LUMINOSAS.—LUZ SIN CALOR.

Los gusanos de luz salpican con su claridad verdosa los céspedes y los bordes de los caminos, y son siempre la admiración de los curiosos de la naturaleza. Cada día los niños van á ver si han cambiado de sitio. ¡Andan tanto y tan deprisa! Los hay que alumbran la hierba del mismo punto durante tres ó cuatro días; pero después, ¡adios gusanos de luz! ya están fuera. Actualmente tengo media docena de ellos que juegan al escon-

dite en mi jardín, pero cada día esta constelación terrestre cambia de forma; los animalitos se alejan, se esconden ó se aproximan uno á otro. Todo el mundo conoce los gusanos de luz, y sin embargo, por lo que con frecuencia voy oyendo, se les conoce mal.

El lampiro resplandeciente (*lampyris noctiluca*) durante el día es de un color amarillo oscuro. Se halla muy extendido en Francia. Cuando le cogen, el insecto tiene la propiedad, común á todos los animales fosforescentes, de brillar ó de eclipsarse. Cuando el gusano emite su luz, llama al del sexo opuesto. En realidad la hembra es la que brilla. Así como los sonidos que emiten ó los olores que exhalan ciertos insectos atraen y dirigen á los de un sexo hacia los del otro, en los lampiros hace este oficio la luz. El asiento de la sustancia fosforescente varía según las especies; ordinariamente reside debajo de los tres últimos anillos del abdomen. M. Rafael Dubois, que ha estudiado mucho la materia fosforescente de los lampiros, opina que su acción luminosa es más enérgica en el oxígeno. En todos los animales luminosos sucede así.

Las hembras de los lampiros están desprovistas de alas, mientras que los machos están dotados de ellas y hasta poseen élitros muy desarrollados. Las hembras se parecen mucho á las larvas; tienen la cabeza más visible y el coselete en figura de broquel, como los machos. Las larvas se alimentan con pequeños moluscos; penetran en la cáscara del caracol después de haber devorado á éste; son á su vez luminosas, pero en grado menor que las hembras adultas. La ninfa hembra se parece á la larva, á diferencia de la ninfa del macho, que deja ver sus alas plegadas bajo una piel tenue; e insecto, en su plenitud, aparece hacia el otoño.

Hace poco, en las inmediaciones de Niza, apareció gran número de luciolas, género aproximado al de los lampiros. La luciola de Italia es muy común en el Mediodía. Los dos sexos son alados y fosforescentes.

Nada más lindo que esos fuegos fatuos que corren á través de las hojas y de los bosquecillos. No confundir las luciolas con los piróforos, que los españoles de América llaman cucuyos. Estos grandes insectos llevan en la base del coselete dos pequeñas manchas lisas y brillantes, que centellean durante la noche; los anillos del abdomen emiten asimismo una luz. Los cucuyos de la América Central alumbran lo bastante para que á su resplandor pueda leerse un periódico.

El piróforo nitícola es muy común en la Habana, en el Brasil, en la Guyana, etc. Se le ve durante la noche á través de las hojas de los árboles, hasta cerca de las habitaciones. Cuéntase que en tiempo de la conquista española un batallón recién desembarcado no osó trabar combate con los indígenas, tomando los cucuyos que brillaban en los árboles por mechas de arcabuces prontos á hacer fuego. Estas «moscas de fuego» sirven de adorno á las mujeres mejicanas.

Los naturales de aquel país cogen dichos insectos blandiendo en el aire un bastón con carbones encendidos en su extremo. De este modo se les caza sin dificultad. Una vez cogidos, se les encierra en pequeñas jaulas de alambre muy fino, y se les dan por alimento pedazos de caña de azúcar. Luego se venden á las damas de la ciudad, que los prenden á sus cabellos delicadamente,

sin herirles, pasándoles un alfiler por debajo del co-selete. En Méjico los cucuyos se han puesto en moda.

A propósito de animales fosforescentes, el príncipe Tarchanoff, profesor de la Universidad de San Petersburgo, ha estudiado la luz de los microbios del mar Báltico. La luminiscencia es debida á la absorción de oxígeno; en efecto, se les quita el poder lumínico sometiendo el agua que los contiene á la acción del vacío.

Una elevación de temperatura de 38° detiene la luminiscencia; asimismo el enfriamiento, aún cuando la temperatura descienda á muchos grados bajo cero, á 4°, por ejemplo.

Pueden obtenerse trozos de hielo luminoso congelan-

JAPÓN HISTÓRICO Y ARTÍSTICO

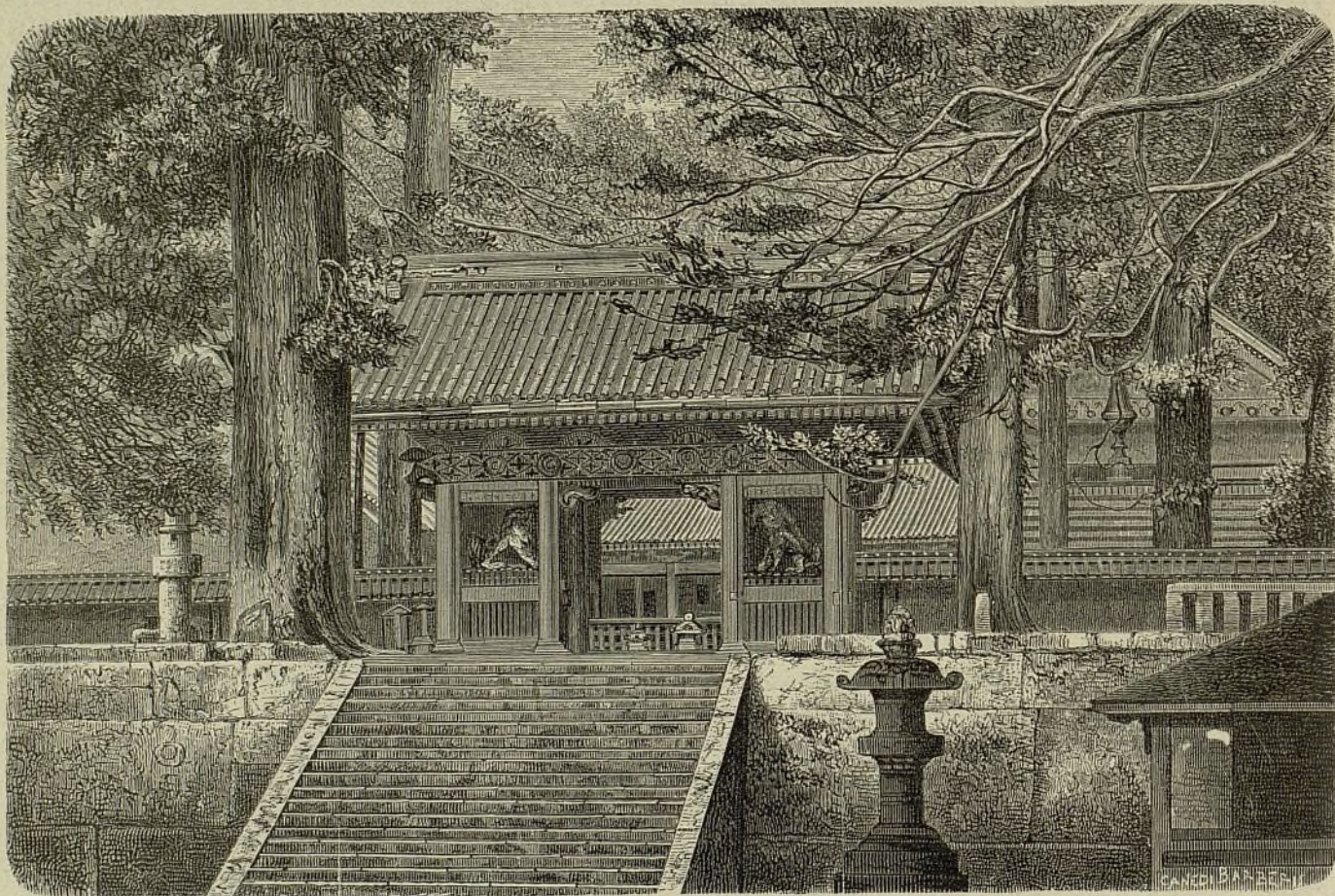
(KAMAKURA Y NIKKO)

RUINAS Y MAUSOLEOS

POR EL RDO. D. MIGUEL RIBAUD, DE LA SOCIEDAD DE
MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS

NIKKO

El primitivo *Kagura* no satisfizo el gusto de un público exigente, y se añadieron varias escenas cómicas (*Sarn gaku*), que fueron como una consecuencia ó una ampliación de la danza sagrada, á la que siguieron las *No* (escenas dramáticas cantadas). Esta innovación,



JAPON.—NIKKO: PAGODA.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Ribaud, de las Misiones Extranjeras de París

do el agua en que pululan los bacilos; mas poco á poco la luminiscencia se extingue, así en el centro como en la periferia, por la supresión de desarrollo de ácido carbónico.

Los anestésicos, como el cloroformo y el éter, apagan la luminosidad. Bajo la acción de una corriente eléctrica continua, la luz persiste en el polo positivo por razón de la afluencia de oxígeno.

Cosa más rara aún: inyectados los bacilos en el juego linfático de una rana, comunican su fosforescencia á este animal. ¡Una rana luminosa! Pero á los tres ó cuatro días, los fagocitos ó glóbulos blancos de la rana devoran á los bacilos, y la fosforescencia se va. Quizá por ahí se hallara el medio de producir luz sin calor para las lamparillas de noche. Con sólo cambiar los bacilos cada tres días, fuera cosa hecha. Y nada costaría la luz.—E. de P.

que creó el teatro japonés, tuvo lugar el siglo XV, gobernando el shogun Yoshimase.

Así como Thespis llevó á las tablas, en forma dramática, la leyenda de Baco, que hasta entonces no había sido, por decirlo así, otra cosa que una relación lírica; así como creó un personaje que contestaba los cantos del coro de Atenas y con sus preguntas daba lugar á nuevos cantos, igual marcha siguió el *Kagura* en su primera transformación. Conservóse el coro añadiendo dos personajes con los cuales alternaba. Los poetas japoneses se fastidiaron de escribir siempre elogios á la diosa del Sol, é imitaron á Thespis, quien substituyó los cantos en honor de Baco con argumentos dramáticos tomados de las sagradas, leyendas, y destinados á representar los hechos insignes de otras divinidades ó de héroes de tiempos que fueron.

Aumentó, pues, el círculo de ideas dentro del cual se desarrollaba el *kagura*. Dioses, héroes y hombres vulgares sirvieron de argumento á las tragedias. Repetidas veces aparecen á la escena *las sombras* de los muertos que vienen para explicar sus prodigiosos hechos. En general las ideas y teorías budhistas presiden el teatro japonés, lo cual es muy natural atendido que la casi totalidad de los autores son bonzos. Abundan las escenas simbólicas, henchidas de la melancólica poesía característica del fatalismo de Budha. Las flores, al marchitarse las hojas al caer, nos hablan de la brevedad de la vida; el disco de la luna, creciendo y menguando, sin cesar nos recuerda la inestabilidad y ca-

neración en generación hasta acabar con la raza. Ejemplos nos los ofrecen las familias de Edifio y de Labdacides.

Los *No* se representaban y se representan en un tablado, cuya disposición recuerda el antiguo *proscenium*. A la derecha hay un tablado más pequeño reservado á los coros: la orquesta se coloca en último término en un kiosco construido al efecto. Al igual que los actores atenienses, los que representan los *No* cubren sus rostros con máscaras que reproducen ó pretenden reproducir las fisonomías del héroe cuyos papeles desempe-



ALTO TONKIN.—JEFE DE QUNG ACOMPAÑADO DE SU FAMILIA.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 247)

ducidad de la humana gloria. El sabio no vence á los demonios, ni el conocimiento de la verdadera doctrina, esto es, de las enseñanzas de Budha, logran hacerle desprender de las mil ilusiones que acompañan la vida. Una teoría repetida hasta la saciedad en estos dramas es la *Ingwa-oho*, según la cual nuestras acciones, sean buenas ó malas, llevan en sí y fatalmente el premio ó el castigo (1).

Esta teoría recuerda el inexorable destino que preside las tragedias griegas. Es, en efecto, creencia antigua entre griegos y entre los budhistas japoneses, que el mal, en cualquiera de sus múltiples formas, es fatalmente causa de calamidades y ruina. Esta misteriosa fuerza era desconocida divinidad, sedienta de venganza, que hería al culpable y á los hijos del culpable de ge-

ñan. No encuentro dato alguno que indique que los actores hayan empleado nunca zapato que recuerde el cothurno. La desmesurada elevación de los talones de este zapato la exigía la extensión verdaderamente extraordinaria de la escena griega, pues los actores, á no tener talla más alta que la humana, no hubieran representado dignamente el papel de héroes ó dioses. En el relativamente pequeño escenario japonés eran por completo innecesarias, pues los espectadores veían desde esta distancia á los actores.

La decoración colocada en último término y llamada por los griegos *scene*, indicaba á los espectadores no sólo el lugar donde se desarrollan los hechos representados, sino también el lugar de donde venían los actores: los *No* japoneses carecen de esta decoración, supliéndole el coro. Este explica á los oyentes las circunstancias de tiempo y lugar indispensable para la

(1) P. Peri: *Revue Française*.

n teligencia de la acción: á veces explica y aclara lo que los actores representan.

Concurrir al teatro á presenciar las *No*, era la diversión favorita de la aristocracia japonesa: apenas nacidas fueron oficialmente aceptadas en las fiestas ó ceremonias de la nobleza. Repetidas veces los Shoguns aceptaron gustosos el desempeño de un papel. En la actualidad las *No* gozan igual favor que en los antiguos tiempos y son el encanto de los japoneses instruidos. Su estilo es original, característico, y grande su mérito literario. Sus frecuentes y hermosos juegos de palabras, saben comunicar á las descripciones un relieve y naturalidad sorprendentes.

Como anteriormente advertimos, las *No*, tipos de la primitiva danza *kagura*, era el género favorito de la aristocracia japonesa.

Shibai ó *Kabulki*, dramas á cuya representación sólo asiste el pueblo, tienen argumento menos elevado; no recuerdan los altos hechos de dioses ó héroes, sino escenas ó costumbres de la vida del pueblo. Ambos géneros no se diferencian radicalmente, y si el primero procede indirectamente de la antigua danza sagrada, el segundo procede directamente de la misma, y lo propio puede decirse de la comedia llamada *Kyogen*.

Dijimos anteriormente que al *kagura* se le añadieron algunas escenas ó comedias cortas llamadas *sarugaku*.

Estas composiciones, en un principio cortas y sin importancia, después de múltiples transformaciones originaron los dramas históricos (*jadai mono*) y los sainetes (*serva-mono*), que en la actualidad se representan en la escena japonesa y que adquirieron su fama definitiva á mediados del siglo XVI.

Cuanto llevamos dicho del nacimiento y desarrollo del teatro japonés nos muestra la importancia del *kagura* considerado literaria y artísticamente. El antiguo dityrambo en honor de Baco fué entre los griegos el padre de la comedia y de la tragedia, y de este germen grosero nació aquella exuberante vegetación que, después de Eschylo y Aristófanos fué engendrando en Occidente tantos y tan vigorosos frutos. Lo mismo, en más limitadas proporciones, ha hecho en el Japón la antigua danza instituida en honor de la diosa del Sol. El Japón, que tanta analogía tiene con la antigua Grecia, nos sorprende con la casi absoluta identidad de origen y desarrollo de su teatro con el teatro clásico.

Inmediato al templo del *kagura* se abre el ancho pórtico debajo del cual empieza la regia escalera que lleva á la tumba de Iyeyasu.

Este pórtico, rico y profusamente adornado (véase el grabado de la pág. 249), es llamado también *Neko-nomon* (de la puerta del gato); y en efecto, debajo del arquitrabe vese un gato dormido, esculpado con arte y debido al célebre Zingoro. «Si este artista, dicen los japoneses, lo reproduce despierto, tened por cosa cierta que echa á correr.»

Pasado el pórtico empezamos á subir la escalera inmensa (véase el grabado de la pág. 260) que conduce

al sepulcro del gran Shogun, edificado más alto que las copas de los cedros gigantescos, en el no interrumpido silencio de estas montañas desiertas donde descansan los muertos.

(Se concluirá).

MANIFIESTO BOXER

A título de curiosidad reproducimos traducido el siguiente manifiesto boxer, uno de los innumerables que sirvieron á esta secta para fanatizar al pueblo, y cuyas consecuencias han sido las horribles matanzas que han regado el suelo chino de sangre cristiana. Lo debemos á la amabilidad del Ilmo. Sr. Marel, prefecto apostólico del Kuang-Tong.

Pacificador y vengador elegido por el cielo para bien del imperio chino y exterminio del Occidente, yo, Li, jefe supremo del «boxer por la justicia y la paz», dirijo á todos este supremo llamamiento para que me ayudéis á exterminar al extranjero, volver la paz á nuestras fronteras y la dulce calma á nuestro desventurado pueblo.

Extranjeros son para nosotros cuantos no son de nuestra familia ó individuos de nuestra raza. ¡Inútil es, pues, repetir que extranjeros son estos occidentales nacidos en tierras que cobijan cielos desconocidos y descienden de razas que odiamos!

La santa religión de Confucio no ilumina sus inteligencias; las leyes del Imperio no les han civilizado. Amantes de novedades, inventores de inútiles tonterías, olvidan y reniegan de sus antepasados, maldicen el recuerdo de sus padres. Veinte años hace que reina el Emperador descendiente de los señores de la China, fiel cumplidor del *Milieu* «de la virtud», y jamás tuvo la energía indispensable para acabar con los europeos. Guiado por la celestial bondad, imitador, para cuanto á los extranjeros se refiere, de la bondad de los antiguos reyes, les ha tratado con liberalidad, colmado de beneficios y ha firmado con ellos tratados de paz y alianza.

Y vosotros, europeos, creísteis que el miedo nos obligaba á seguir esta línea de conducta.

Gentes por naturaleza estúpidas é indóciles han pretendido servirse de ridículas estratagemas. Primero nos vistaron diciéndonos que eran comerciantes, luego que predicadores de una Religión nueva; y luego han exigido cuantiosas indemnizaciones para provocar sangrientos conflictos. Olvidando los beneficios del Emperador, fuertes, pues contaban con el apoyo de ministros vendidos, han realizado beneficios incalculables para lograr los cuales hemos nosotros debido pagar impuestos nunca pagados: la autoridad de los mandarines les ha prestado su apoyo para oprimir al desgraciado pueblo chino.

Pero hay más, y es mucho peor: han conculcado la ley, usurpado el territorio del Celeste Imperio, profanado las santas tumbas de nuestros padres. ¡Quién será capaz de enumerar las desgracias de la China! ¡Qué pueblo ha sufrido lo que el nuestro sufre!

A los europeos cuanto más les observéis más exe-

crables os parecerán. A nuestra tolerancia responden siempre con nuevas exigencias.

La opinión es unánime, de todas las clases sociales se levanta el grito de venganza.

Y lo más abominable es ver á las Autoridades dependientes de la Santa Corte proteger á los europeos; es asistir al triste espectáculo que dan algunos habitantes del «Reino de los Esplendores» abrazando la Religión de los occidentales, con lo que contribuyen á aumentar la insolencia de los europeos y favorecer su deseo de acabar con la China.

Tal conducta es imperdonable, merece ejemplar castigo. Levantemos, pues, muy alto en todo el Imperio la bandera de la justicia (de los Boxers).

Unidos, guiados por una misma idea formaremos, una falange invencible. Valientes como las fieras nos levantaremos para ahuyentar los verdugos, cazar los tiranos.

Invencibles soldados, vengadores de la libertad, el boxer ha de ser vuestra varilla mágica.

Primero vengar al Gobierno; luego dar libertad á los humildes que sufren: éste es el lema de la heroica sociedad «Gui-wa Kun.» Acabaremos con las religiones occidentales: sólo entonces podremos sitiar las tropas que deben guarnecer siempre nuestras fronteras. Soñamos en el total exterminio de los europeos: realizada tan gigantesca empresa, regresaremos triunfantes y felices á nuestra patria adorada.

Que no quede un hombre solo sin empuñar el boxer; ¡el día señalado que todo el imperio, despertando como un solo hombre, venga á formar en nuestras filas!

A los cristianos les diremos: «Renegad de vuestra Religión, volved á la de vuestros padres: veis los peligros que os amenazan; convertíos, y evitaréis castigos terribles. ¡Si perseveráis os torturaremos!»

A los mandarines les consideraremos como traidores á la patria; á los cristianos les castigaremos como ladrones: sufrirán las más graves penas, verán estrangular á sus Padres.

¡Que nadie nos acuse de barbarie! ¡Que todos se dispongan á seguir nuestras órdenes! ¡Ay del que retroceda!

¡Este es mi programa!

LA TAPICERÍA EN PERSIA

Aun cuando la industria en general es absolutamente descuidada en Persia, existe allí una que ocupa millares de brazos, así en las poblaciones nómadas como en las sedentarias: ésta es la fabricación de alfombras y tapices. Pero debemos decir que ésta en realidad la han organizado en grande escala casas europeas, sobre todo la de los Sres. Ziegler, de Manchester, los cuales han procurado desarrollar las exportaciones para hallar el medio de cobrarse las importaciones que allí hacían. La combinación que imaginaron fué hacer fabricar, por los indígenas, tapices de las dimensiones y los

modelos más corrientes en Europa. Instaláronse en el distrito de Teraghan, famoso desde antiguos tiempos por la habilidad de sus tejedores, á pesar de la oposición que á ello hicieron los mercaderes y los corredores indígenas: de esta época data la prosperidad de Sultanabad y de las pequeñas poblaciones de los alrededores, las cuales hoy cuentan con más de 3,000 telares, al decir del ministro de Bélgica, y producen por un millón de tomanes (más de 10 millones de francos) al año.

Los Sres. Ziegler tienen edificadas, á las puertas de Sultanabad, vastas construcciones donde albergan á su personal, y tienen los almacenes, los escritorios y el taller de tintura donde se preparan cuidadosamente las lanas para desde allí mandarlas á las familias, que, según costumbre del país, trabajan en sus respectivos domicilios. Sabido es que los indígenas, cuando tenían por sí mismos las lanas, se acostumbraron á hacerlo tan sólo con colores de anilina, que tan defectuosos resultan, por lo cual no se admite que ellos pongan las primeras materias.

Se distribuye una cantidad de lana de peso determinado, acompañada de un cuadro en el cual se indican las dimensiones y el tapiz que debe fabricarse; las mismas indicaciones se repiten en el registro de inscripción de la fábrica, y cuando se entrega la obra concluida, se examina desde luego si está ejecutada bien ó mal, siendo consecuencia de este examen premios y multas. La fabricación del tapiz la producen enteramente á mano mujeres ó muchachas, que á veces trabajan tres meses en una misma pieza: en cuanto el jefe de familia, hace el papel de empresario, se entiende con la casa europea, y tiene cuantas mujeres puede mantener, á fin de contar con trabajadoras que no perciban salario. Sólo una de ellas se dedica al cuidado de la casa, mientras las demás tejen.

Hay algunas otras casas europeas que ejercen la misma industria, siguiendo los mismos derroteros que acabamos de indicar: es que la industria á domicilio es la única que, al parecer, conviene al temperamento de los indígenas, muy inteligentes y diestros en todos los oficios, pero incapaces de amoldarse á la disciplina de los grandes talleres. Por otra parte, hay que decir que el clima y las frecuentes crisis ponen á dicha población fuera de las condiciones necesarias para dedicarse al trabajo con la aplicación y la continuidad obligatorias en los grandes talleres.

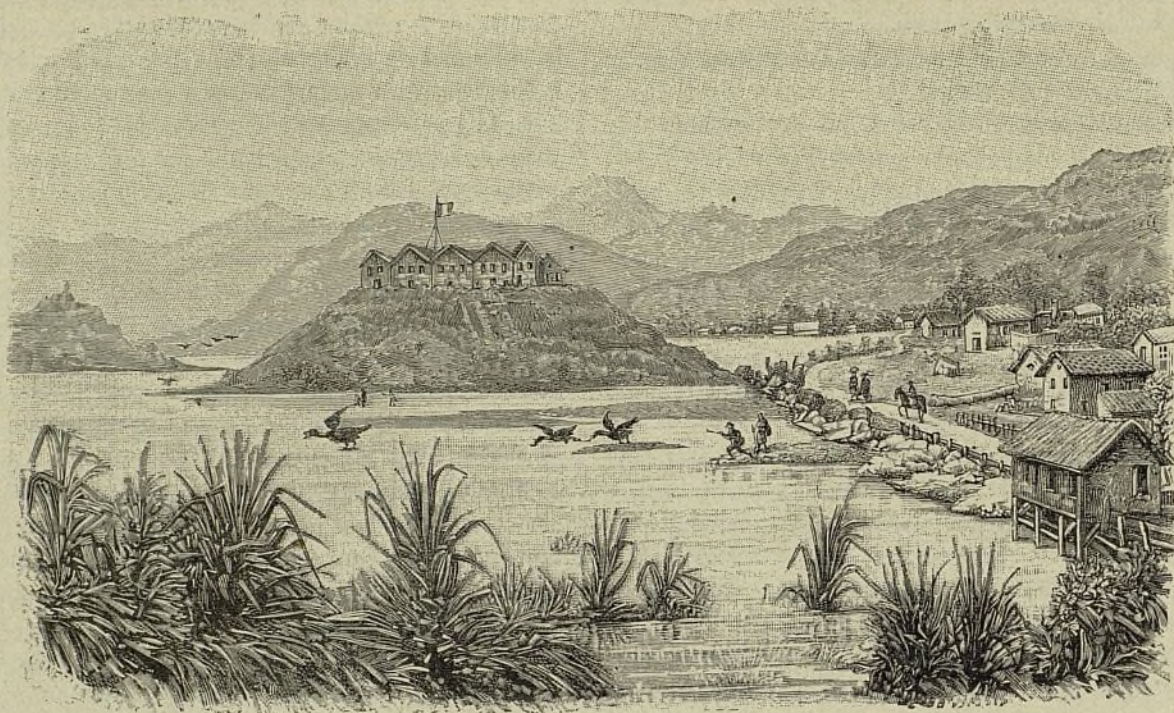
CRÓNICA

Asia.—En la Menor obsérvase extraordinaria agitación contra los europeos, promovida por los Imán, sacerdotes musulmanes, y que se propaga por todo el Imperio.

—Muere en Cabul el Emir de Afghanistan y le sucede su hijo mayor Ullah-Khan, sin oposición de sus hermanos ó de su tío, cual se temía.

—En China estalla una rebelión contra la Misión alemana de Piang-Tong. Los rebeldes son rechazados en su primer ataque á la ciudad de Hin-Nan.

—Conocido es el importante papel que los árboles y las flores



ALTO TONKIN.—CUARTEL DEL DESTACAMENTO DE VAN BAN.—Reproducción de un dibujo del teniente B...

desempeñan en la poesía épica y más aún en la dramática de la India. Calidasa, Bivabhuti, Cri-Harscha y los otros poetas que la cultivaron no obedecen á otra ley al desarrollar con tanta frecuencia en un jardín aménisimo, descrito por ellos con mucho cuidado y arte, la escena principal de su acción dramática. Con el auxilio, pues, de estas descripciones, ha logrado M. Joret reconstituir la flora, hasta hoy casi desconocida, de la celebrados jardines en el Indostán antiguo.

En su noble empeño de conocer más y más los pueblos de este continente, perdidos en la obscuridad de los tiempos, M. A. Stein, de viaje por el Turkestán chino, ha hecho interesantes descubrimientos, según los cuales sería este país, al principio de la Era cristiana, centro de una floreciente civilización. Da cuenta de una ciudad sepultada por una masa inmensa de arena, y que ocupó una extensión de siete kilómetros, conservándose todavía en muy buen estado diez casas, el sitio por donde corrían largas calles, y algunos jardines con montones de hojas de árboles caídas hace más de quince siglos.

Otro hallazgo no menos importante refiere cierta Revista italiana, haber hecho en arqueología el arquimandrita del monasterio armenio Echmiazin, al pie del monte Ararat, en la provincia de Eriván. Pues fuéralo, sin duda, el de una iglesia mandada construir por Narsete III en el siglo IV de nuestra Era junto á una pequeña colina, donde, apartada la tierra y arena que la cubría, muéstrase ahora con sesenta y cuatro columnas exteriores y veintiséis interiores, y cuatro altares laterales, debajo de los cuales descansaron las reliquias de San Gregorio.

Suscitada una desavenencia entre los dos Cheiks Ibn-Rhasid, de Nedjet, favorecido por el turco, y Mabaroukh de Koweit, á quien apoya Inglaterra, ésta ha reunido fuerzas navales en la bahía de Koweit (Golfo Pérsico). Mas como Alemania está interesada en que dicha bahía no quede en poder de los ingleses á causa de la muy probable prolongación de la vía férrea de Bagdad hasta Koweit, así Inglaterra como Turquía gestionan las paces entre las partes disidentes.

Oceania.—Se ha dado en estos días la noticia de que fué sorprendida por los insurrectos filipinos una compañía yanqui, que dejó muertos en la refriega la mayor parte de sus soldados y todos los oficiales.

Acerca de aquellas nuestras perdidas posesiones, en carta, fechada el 2 de Septiembre en Manila, dice así, entre otras cosas, el R. P. Pío Pi, superior de la Misión de la C. de J. en el Archipiélago:

«Supongo recibirá V. R. un ejemplar de la obra *El Archipiélago Filipino*. Es una colección sin igual de datos, y... ¡un conato de monumento á España colonizadora de Filipinas, levantado con toda oportunidad!...

«A lo cual se me asocia el recuerdo del Observatorio, que es el único Instituto español, que, entre tanta ruina, deja existente el Gobierno americano en Filipinas, y que nosotros conservamos como medio indispensable para poder seguir trabajando en las Misiones de Mindanao. Porque ya sabrá V. R. que hace algunos meses quedó legalizada y reglamentada en nuestro Observatorio, de un modo definitivo, la Oficina Meteorológica de estas Islas (de la cual dependen todas las estaciones subalternas del Archipiélago), confiado todo al personal director de la Compañía de Jesús, con muy amplias atribuciones y facilidad para nombrar todos los empleados.»

Habiendo ocurrido con este motivo la duda de si dicho personal director perdía la nacionalidad española, se ha puesto una comunicación á nuestro Cónsul en Manila, solicitando del Gobierno la conservación de este derecho.

Se ha establecido ya el régimen civil, así el Gobierno general como el de la mayor parte de las provincias. El arreglo eclesiástico, todavía desconocido; el Catolicismo, perdiendo. Son muchos los puntos en Mindanao que no han vuelto á ocupar los misioneros, por ser pocos. Con los infieles, si no es en Caraga, poco se ha hecho también, aparte de alguna rápida visita en Davao y sus pueblecillos.

Concediendo libertad la ley de Instrucción pública para abrir escuelas católicas, el misionero de Zamboanga, ayudado de los naturales, ha conseguido abrirlas, tanto en esta ciudad como en todo su distrito. De esta manera queda sustraída á la acción de las escuelas oficiales neutras casi toda la juventud del mismo.

(Del R. y F.).

EL PAÍS DEL ORO.—El Klondyke, la Nueva California, perdida en las lejanas regiones del Alaska en la América Septentrional, se halla colocada entre dos mares glaciales, separada del resto

del continente americano por ásperas montañas, y por espacio de medio año sepultada por los hielos polares; es el país más árido y más desolado de la tierra.

El aislamiento de ese territorio, perdido entre regiones solitarias y desconocidas, ha impedido que atraídos por la fama de las riquezas que encierra en sus entrañas, se hayan arrojado sobre él toda esa inmensa agrupación de seres que abandonan nuestras tierras esquilmadas en busca de alivio á una existencia miserable, sin horizontes y sin esperanzas.

Así, pues, únicamente los más desesperados ó los más audaces son los que se han atrevido á arriesgarse entre las durezas de los fríos del polo.

Bloqueados los primeros exploradores, sin relaciones con la madre patria, sin comunicación con el mundo exterior, ese aislamiento era para ellos mil veces más terrible y difícil de soportar que los peligros y dificultades del viaje. Muchos fueron los que sucumbieron á las tristezas del destierro de Dawson, la capital minera, habiendo, no obstante, soportado valerosamente todas las inclemencias del viaje.

Mas el progreso, por este lado, ha sido admirablemente realizado desde 1898, puesto que ya existe un servicio regular de vapores. De pocos meses á esta parte, en Bennet se han construido varios de esos buques de fondo plano para facilitar el paso de los canales del Yukon, aun en la época del descenso de las aguas. Al mismo tiempo se ha establecido un ferrocarril de Skagway á Bennet. A pesar de las enormes dificultades de la obra, y de que los trabajos debían suspenderse durante la época invernal, la vía férrea comenzada en el otoño de 1898, en 1.º de Agosto de 1899 llegaba á Bennet. Su trazado, de una extensión de sesenta kilómetros, es una maravilla de audacia y atrevimiento.

Donde era imposible establecer un simple camino de herradura á través de las quebradas, los precipicios y las rapidísimas pendientes, se ha construido una vía férrea, casi toda ella suspendida al aire por medio de un viaducto fabricado con troncos de abeto.

De este modo se ha hecho fácil la comunicación del Klondyke con el resto de América y aun con Europa. De París á Nueva

York el trayecto en los vapores trasatlánticos es de ocho días. En una noche se va de Nueva York á Montreal. De Nueva York á Vancouver, por medio del ferrocarril canadiense, se emplean cinco días. De Vancouver á Skagway, por vapor, tres días. De Skagway á Closeleigh un día de ferrocarril. De Closeleigh á Dawson, embarcado y por el río, cerca de cuatro días, y el precio del viaje es próximamente de 1,200 francos.

Desde el 1.º de Octubre del año pasado, Dawson está unido á Skagway por una línea telegráfica cuyos 800 kilómetros se han tendido en cuatro meses.

A pesar de todos esos esfuerzos, al principio del invierno las comunicaciones se interrumpen con frecuencia y resultan difíciles.

Durante el invierno las comunicaciones postales se realizan por medio de trineos, arrastrados por perros, cuyos puestos de relevo están situados de treinta en treinta millas. En Noviembre, cuando el hielo no ha adquirido suficiente solidez, y en la primavera, cuando empieza el deshielo, el servicio resulta eminentemente peligroso.

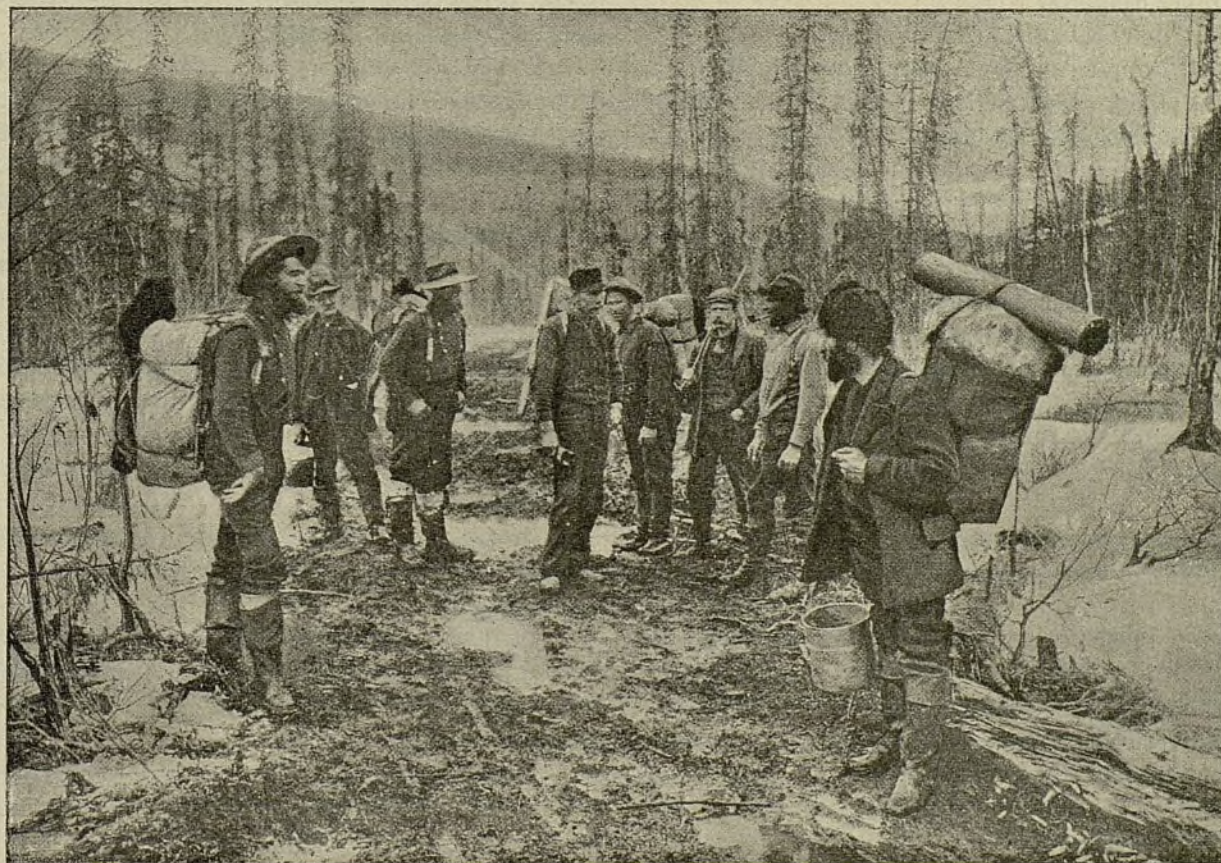
En los trineos sólo hay capacidad para la correspondencia. El cúmulo de periódicos que se depositan en Bennet durante el invierno, van á Dawson en los primeros vapores que hacen el viaje en la primavera.

El transporte de viajeros durante esta cruda época, es todavía problema no resuelto; quien á toda costa pretenda emprenderlo, debe proporcionarse un trineo, cuyo precio tirado por perros ó caballos, equivale á otros 1,000 francos. No obstante, hay quien ha hecho ese viaje de 650 kilómetros á pie y con las manos en los bolsillos, merced á unos buenos patines.

La bicicleta ha sido también empleada con éxito cuando el terreno está helado; pero la nieve es un pésimo camino.

Un francés ha tratado de emplear el automóvil, pero con desdicha á causa de las malas condiciones del hielo y los accidentes sufridos por la máquina.

Con estos medios de comunicación, el Klondyke ha surgido de su misteriosa leyenda, y el país salvaje se ha dejado vencer por la civilización.



AMÉRICA SEPTENTRIONAL (Nueva California).—LAS MINAS DEL KLONDYKE.—ENCUENTRO DE DOS GRUPOS DE BUSCADORES DE ORO

VARIEDADES

LAS TRES COSAS DEL TÍO JUAN

(CUENTO)

Todo el pueblo sabía que Apolinar se estaba derri-
tiendo vivo por Lucía, y que aunque ésta no se derretía
por nadie, no ponía mala cara á las solicitudes del mo-
zo. Matrimonio igual: ella joven, guapa, robusta y, de
añadidura, rica; él, en los linderos de los veinticinco, no
pobre, medio señoritín, por lo que iba para alcalde, y
entre ambos hijos únicos. No faltaba al naciente afecto
más que el sacramento de la confirmación, y para eso
no había otro obispo sino tío Juan, el «Plantao», padre
y señor natural de la dama requerida.

El ilustre linaje de los «Plantaos», distinguióse des-
de muy antiguo tiempo, por una terquedad nativa, de
que estaba justamente orgulloso, y, de haber querido
proveerse de heráldica, su escudo no fuera otro que un
clavo clavado por el revés en una pared de gules. Apo-
linar sentíase cohibido por esta testarudez hereditaria,
y recelaba que el tío Juan saliese con una gaita de las
suyas, porque era hombre que no se apartaba de sus
sies ó sus nóes, así lo hicieran pedazos.

No hubo más remedio que pasar el Rubicón... y
tirarse de cabeza en aquellas honduras insondables de
la voluntad paterna. El tío Juan había dicho una vez:
«¿Qué trae ése por aquí?» Y para los que le conocían
el genio, era bastante.

—Ahora que está tu padre en la bodega, voy y se lo
espeto, y Dios quiera que pueda salir con cara alegre...
Pero antes dime, para que lleve fuerza, que me quieres
como yo te quiero, con los redaños del alma.

—Apolinar, que me aburres con tus quereres y ton-
teos. Si quieres decírselo, anda: y lo que saques á mi pa-
dre del buche eso será, porque yo también soy «plantá.»

Renegando de aquellos bravíos rigores de la casta,
encaminóse Apolinar á la bodega, pasando primero ba-
jo llorosa parra que tendía sus sarmientos, como cuer-
das secas, y después por el angosto corral atestado de
aperos de labranza y cachivaches de vendimia. En la
puerta de la bodega enredósele un manjo de telarañas
en el «bombín», y tragando saliva entró en la oscura
pieza.

—¡Tío Juan; eh, tío Juan!...

—¡Aquí! ¿Eres tú? Con este jijono de tiuglao no se
ve gota.

Estaba el hombre muy metido en faena, en mangas de
camisa, despechugados, con una pelambre de pecho que
parecía una maceta de albahaca. Era más que medianamente
apersonado, canoso y fuerte, y sudando como
estaba, parecía un oso polar.

—¿No se figura V. á lo que vengo?

—A tomar un jarrillo.

—No, señor; á tomar parecer.

—Pues no es lo mismo. Pero, anda, suéltala; que no
hay hombre sin hombre.

—Con esa licencia... no sé cómo le diga que Lucía
me tira un poco, un pocazo, si se han de decir las cosas
conforme son. Y como me parece á mí que yo también
le tiro una migaja, venía, porque es razón, á decirle qué
le parece á usted de este tiraero que va con buen fin y
por derecho camino.

Dióse tío Juan cuatro rasconazos en el testuz, y vol-
viendo las espaldas, fué á buscar el jarrillo y la venencia,
y con ambas cosas en las manos, como quien echa el
«Dominus vobiscum», se abrió de brazos, diciendo:

—Todo el toque del hombre está entre un sí y un nó.
Así es que, antes de soltar uno ú otro, hay que rumiar
bien las cosas. Tomaremos un par de alumbradores, y
que Dios sea con todos.

Y después de beber por riguroso turno quedóse tío
Juan rumiando aquel escopetazo, como un hermoso y
prudente buey, que no pone la pata sino en terreno
firme.

—Pues, atento á eso, digo que me parece á mí que en
general la mujer se hizo para el hombre y el hombre
para la mujer... y que por eso tiran el uno del otro.
Pero como ni el hombre ni la mujer son siempre libres,
otros han de agarrarse á la manquera para que el surco
salga bien hecho, y la simiente no se desperdicie. Yo,
que por lo de ahora soy el gañán en este negocio, te digo
que quien quiera ayuntarse con mi cordera ha de hacer
tres cosas, sin que ninguna le perdone; no hacién-
dolas, ya se puede ir con viento fresco y levantar la
parva.

—Aunque sean trescientas haré yo, con tal de me-
terme debajo del yugo. Eche V., tío Juan, por esa bo-
ca, que ya se me hace tarde, y aunque me mande cargar
con la bodega, todavía me había de parecer mandato
ligero, según lo encalambrinado y emperrado que estoy
con el aquel del tiraero que ya le he dicho.

—No soy tan bárbaro para mandar lo que está fuera
de las fuerzas del hombre, por animal que sea. Las tres
cosas que pido son éstas: que me traigan todos los días
la primera gallinaza que suelte el gallo al romper el alba,
para hacer un remedio de este dolor de hijares que me
quita el resuello de cuando en cuando; que al que tenga
ese querer, véalo yo una vez siquiera trincar un bocado
de hierba sin doblar los corvejones, ni acularse, ni ten-
derse; que el tal me dé candela en la palma de la mano
el día de mi santo por la mañana, y esto ha de ser con
sosiego, sin hacer bailes, ni meneos, ni soplar, ni sacudir.

—¿Nada más?

—En eso me he plantao, y ha de ser á lo justo; que
ni sobre ni falte.

—Tío Juan, vaya V. preparando el yugo más fuerte
que haya en casa, porque yo me lo echo si Dios no dis-
pone otra cosa.

Y Apolinar salió de allí con la cara radiante, bailán-
dole los ojos en una ráfaga de alegría loca y dando al
viento, como romántica pluma, aquel girón de telarañas
que se pegó en el sombrero.

—¡Troncho, qué suerte! Lucía, me ha dicho tu padre
que te vayas preparando, que tenemos que abrir un
surco.

—Qué tonto eres. ¿De qué surco hablas? Me parece
que viene su merced algo repuntado, y que el jarro ha-
bló algo más que las personas.

—Me habló del surco que han de hacer en el mundo todas las yuntas humanas. ¡Verás qué labor más dulce!

—¡Pero qué borrico te has vuelto!

«La del alba sería» cuando Apolinar acudió solícitamente á su corral sin quitar ojo del gallo hasta que dió de sí el extraño remedio de mal de hijares, que en caliente recogió, bien así como si llevase dentro una preciosa esmeralda. Cumplida por aquel día la primera condición, y no sabiendo qué hacer á tales horas, tan desacostumbradas para su vigilia, fuese con los cavadores á su majuelo «á matar el tiempo» hasta que el estómago le avisase. Al llegar á la viña dijo á los jornaleros:

—Vamos á ver, muchachos; un cuartillo de vino hay para quien, sin doblar los corvejones, ni acularse ni tenderse, trinque un bocado de sarmientos.

—¿Pero eso qué tiene qué hacer? ¡Valiente hombría!

Y cuatro ó cinco, los más jóvenes, salieron del grupo, y doblándose y enderezándose, sacó cada cual un sarmiento del modo y manera que los palomos cogen pajas para hacer su nido.

—A ver yo...

¡Que si quieres! Cuantas veces quiso probar, dió de cabeza en el montón. Una risa franca y noblota alegró el majuelo, y hasta el sol de color de cereza que subía por la cuesta azul, parecía una gran cara hinchada de risa.

—Para hacer eso hay que criar mucha fuerza de espinazo y que las patas no se blandeen. Es menester cavar viñas y darle al cuerpo buenos remojones de sudor.

—¿Sí? Venga un azadón. Este no pesa, otro...

Y como general que arenga á sus tropas, dijo, blandiendo el instrumento:

—Hoy seré uno de tantos. Hay que apretar... y no os compadezcáis de mí si veis que reviento, porque necesito echar un espinazo que sea á la vez tronco de olivo y vara de mimbre.

Aquella fué una jornada heroica. Los cavadores, viendo cuán gallardamente trabajaba Apolinar, mermaron cigarros, ahorraron coloquios, apresuraron meriendas y sacaron el unto á sus brazos. Al ponerse el sol, no presentaba aquella cara burlona, henchida de risa, con que apareció entre las bromas de la mañana, sino otra muy grave, casi austera, que parecía complacida con la ofrenda del sudor humano que riega el terrón y fecundiza el mundo.

Al dar la mano, dijo el jefe de la cuadrilla:

—¿No has visto la sementera?

—No.

Y Apolinar sintió una vergüenza muy honda por aquella confesión hecha en pleno campo.

—Pues vamos, hombre: hay día para todo. Tengo una disputa con tu primo Epifanio: él, que lo suyo es mejor: yo, que lo tuyo. Como sementera temprana, la cebada nos llega á la rodilla, el trigo parece un forrajal.

Y fueron al sembrado, que con su verdor alegraba el alma, y en ella sintió Apolinar una voz gozosa que parecía brincar en otra mancha verde y lozana, gritándole: ¡Todo es tuyo; regocíjate ó no eres hombre!

Y se regocijó hondamente, paternalmente, como si toda aquella vigorosa fuerza germinativa hubiese salido de sus propias entrañas

—¡Yo, que no había visto esto! ¡Maldito sea el Casino y las cartas y quien las inventó! ¡Malditos los tabernáculos que nos chupan el tiempo y no nos dejan ver esta gloria, esta bendición de Dios derramada por los campos!

Los sembrados del primo Epifanio no resistían la comparación. La tierra era la misma; pero rutinas, codicias, caprichos, ignorancia y necesidad la habían esquilado y empobrecido. El viejo jornalero explicaba el caso.

—Dale á un trabajador carne y vino; á otro, papas y tomates. Eso es la tierra: un trabajador. Según le echas así produce.

Apolinar sintió que otro amor sano y fuerte se le entraba en el alma: el amor á la tierra, el amor á lo suyo, el gozo íntimo y callado del que posee, del que se conforta al calor del surco, como semilla que germina, brota y crece y se reproduce.

—¿En qué estaría yo pensando? Tío Agapito, usted me hace un hombre. Voy á echarme al campo como una fiera.

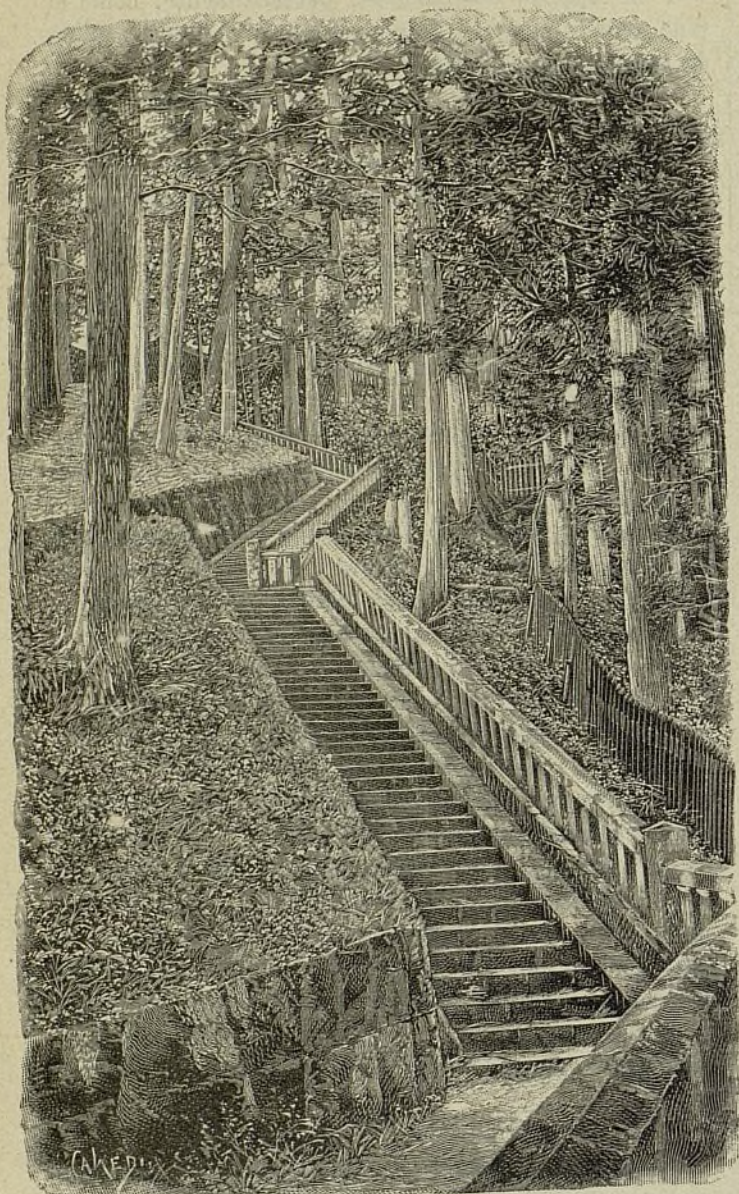
—¡Al campo, al campo! Esa es la ubre... ¡Si vieras cuánto gandul mantiene el campo!

—Yo soy el primero. Mejor dicho, lo fuí. Ya soy otro. Me duelen los piés... zapatos de vaca... Me duele la cabeza... tiraré este apestoso «bombín» y compraré un sombrero de esos fuertes, como si los hicieran de cerdas de cochino. No más vestidos de Carnaval. Tío Agapito, un abrazo, y pídale V. á Dios que allá por la primavera pueda yo comer hierba sin doblar los corvejones.

No durmió bien, porque el excesivo cansancio riñe con el sueño. En las manos parecían arder sus huesos desencajados; el espinazo se le engarrotaba... y en medio de sns dolores, otro sentimiento nuevo lo iba conquistando mansamente; un sentimiento de infinita piedad hacia el jornalero desheredado, que todos los días, á cambio de unos cuartos roñosos, aumenta el caudal ajeno con bárbaro derroche de su propia vida. Y como á la madrugada oyese cantar al gallo, pregonero de su deber y compromiso volvió á ver la claridad del naciente día, y otra vez cogieron sus doloridas manos el azadón lustroso, y el sudor del amo cayó como lluvia fecunda en la heredad, que parecía estremecerse de amor y agradecimiento.

Y un día tras otro se fué curtiendo al sol y al aire, y mientras más se endurecía la corteza, más nobles blanduras aparecían por dentro. «Como la viña de Apolinar no hay ninguna. La sementera de Apolinar es la capitana. ¡Qué suerte de hombre!» Este era el tema de conversación entre la gente labradora. Los jornaleros se disputaban la casa, porque había formalidad y trago de vino, y allí no se hacía el agio vergonzoso para la baja de jornales. Con Apolinar trabajaban los sanos, los hombres de empuje, estimulados con su ejemplo.

Pasó el invierno, y el sol primaveral vistió el campo de gala. Los habares en flor henchían el aire de aromas



JAPON.—NIKKO: ESCALERA QUE CONDUCE Á LA TUMBA DE IYEUASU

Reproducción de fotografía por el P. Ribaud. (Pág. 254)

purísimos; los trigos azuleaban, los cebadales se mecían orgullosamente á compás del viento, las yemas del higueral, reventando al esfuerzo de las primeras, hojas tendían al sol una espléndida gasa de oro verde... y los viñedos extendían sobre la rojiza tierra otra gasa de pámpanos, y ya el olor temprano del cierno se esparcía como una caricia dulce y vivificante.

Llegó el día de la prueba, el día temido y deseado en que Apolinar tenía puestos todos los grandes anhelos de su vida. Antes que el canticio de los gallos sonaron las campanas de la torre con un repique de gloria, de alegría, como voces de un coro nupcial que celebrase las bodas del cielo y de la tierra.

No pudo Lucía convencer á su padre de que, al menos aquel día, debiera pasarlo con la chaqueta puesta. «Me ajogaría.» Y por parecerle esta razón de suficiente peso, no daba otra. Con orgullo hereditario cubría su busto de oso polar con limpiísima camisa de lienzo, por entre la cual se desbordaba la crespita pelambre como maceta frondosísima. Cuando entró Apolinar ya estaba allí el

primer Clímaco, la hermana Bella con su dilatada prole, los trabajadores de la casa y varios vecinos, atraídos por aquellos olores de cocina y fritanga, fieros despertadores de la gula.

—Que los tenga V. muy felices, tío Juan y la compañía.

—Apolinar, tantas gracias, y lo mismo digo.

—Vaya, aquí tiene V. la gallinaza de hoy, que parece un bruño.

Y sin pedir permiso, fuese á la cuadra y trajo un brazado de amapolas que tiró por el suelo.

—Tío Juan, eche V. cuenta.

Y más ágil que un pájaro, doblóse y pescó un manojito de hierba en flor que le caía sobre el pecho como una llama.

—Si V. quiere, me la como.

—No tienes que comerla. El toque está en trincarla.

—Lucía, coge la ascua más grande que haya en la hornilla: ¡hala, ya está! Tío Juan, encienda V. su cigarro, y si quiere liar otro, por mí no hay apuro: que ni me meneo, ni bailo, ni soplo, ni sacudo... ¡Como que tengo aquí un callo que parece una onza de oro!

—Ya está, ahora... Justo, las tres cosas. Ahora tú, Lucía, da la mano á este bruto.

El bruto no esperó á Lucía; él se la cogió estrechándola con toda su fuerza.

—Tío Juan, ¿de veras que es para mí?

—Para ti, cernícalo. Y dale gracias al gallo que te curó; porque ni yo tengo dolor de hijares ni cosa que se le parezca.

—¿Entonces?...

—No seas borrico, dijo Lucía. Padre quería que madrugases; si no madrugas no me pescas.

Apolinar soltó un relincho estrepitoso; un relincho de salud, de amor, de fortaleza y de ventura.

—¿Sabéis lo que soñé esta noche? dijo el tío Juan. Pues que yo era el Padre Eterno y esta mi cordera era la España, y yo se la daba á una gente nueva, recién venida no sé de dónde, con la barriga llena, los ojos relucientes, con callos en las manos y el azadón al hombro.

Un alarido triunfal hendió como dardo sonoro el aire azul de aquella serena mañana del estío. El sol, deslumbrante, caía en lluvia de oro sobre los aperos de labranza: dos mariposas de color de fuego volaban bajo el fresco toldo de pámpanos, y el alegre repique de las campanas parecía responder, allá en lo alto, al alborozo de la raza nueva, de la raza fuerte, que abría su fecundo surco de amor en la llanura humana.

JOSÉ NOGALES Y NOGALES.

SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. S., de Barcelona.	3 ptas.
L. G., de Agullent.	30 »
Bernabé Chaves, de Bienvenida.	5 »
Catalina Bonal, de Gerona.	32 »
J. M., Pbro., de ídem.	2 »

Enrique Sienkiewicz

BARTEK EL VICTORIOSO

Con aprobación de la Autoridad eclesiástica

CAPÍTULO DÉCIMO

LAS elecciones! ¡Las elecciones! Diríase que María Yarzinski tenía trastornada su hermosa cabeza. Sólo hablaba, sólo pensaba, sólo soñaba elecciones.

—Mi hermosa castellana sería un político excelente, decíale uno de sus nobles vecinos, besándole galantemente la mano.

La dama enrojeció como una cereza, y contestó con la más graciosa de sus sonrisas:

—¡Es verdad! Trabajo cuanto puedo.

—No dudo que Yarzinski será elegido: puede V. esperar tranquila.

—Lo deseo mucho. No por mi marido, sino porque redundará en bien de la causa que defendemos.

Siguieron hablando de la cuestión palpitante. A este noble amigo le estaba confiada la propaganda en la Kryvda baja y Miserow. La alta Kryvda estaba perdida, era de Schulberg en cuerpo y alma.

María trabaja personalmente Poguembín.

¡Y no perdía el tiempo! Diariamente se la veía por calles y caminos, recorrer campos, entrarse en casas, recogiendo graciosamente con una mano su holgada falda, y llevando en la otra la sombrilla abierta. Andaba ligera, incansable, defendiendo por todas partes su causa, que era la causa de los buenos polacos.

Habla á los campesinos, entra en las ca-

bañas, pregunta solícita por el estado de los enfermos, se interesa por el bien de los obreros. Y el móvil de tan nobles acciones no es el deseo de sumar votos á su marido, sino la bondad de su corazón generoso.

Pero la política, las elecciones la entusiasman.

Al saber una mañana que había sido disuelto el Parlamento lloró de coraje. Al día siguiente en Poguembín se alteró el orden público; pero las dificultades no la arredaban; trabajaba con actividad siempre nueva.

Exasperada por estos acontecimientos iba de casa en casa, hablando con tanta claridad y tan públicamente contra los alemanes, que su marido creyó deber aconsejarle prudencia. Sin embargo, nada debía temer. El pueblo la acogía con amor, con cariñoso respeto; al verla corrían á besarle las manos y la colmaban de atenciones. ¡Era tan amable, tan buena y tan hermosa, que en cuantas casas visitaba dejaba recuerdo de felicidad!

Entróse también en la choza de Bartek.

—¡Oh mi santa señora, mi consuelo y mi dicha! exclamó al verla Magda, besando las manos de la hermosa dama.

Bartek, cumpliendo la orden de su mujer, se echó á los piés de la señora. Franck, admirado, quedóse en un rincón chupándose los dedos.

—Espero, Bartek, que votarás por mi esposo y no por Schulberg.

—¡Dios mío! exclamó Magda, ¿quién osará votar á Schulberg? ¡Es alemán, y de alemanes hasta el nombre me encoleriza!

—Mi marido me ha dicho que pagará á Justo lo que le debéis, añadió María.

—¡Que Dios les bendiga! y Magda dijo á Bartek:

—¿Por qué te callas?... ¡Siempre taciturno y silencioso! añadió dirigiéndose á María.

—¿Votarás por mi esposo, verdad? repitió María. Eres polaco, y debemos aunar nuestros esfuerzos, prestarnos mutuo auxilio.

—Si no lo votara le arrancaría la cabeza, contestó Magda. ¡Habla! ¡muévete! ¡pareces una estaca!

Bartek besó la mano de la joven castellana; el rostro del vencedor era sombrío y cejijunto. Recordaba la orden del director de la cárcel.

.

Llegó el día de la elección. Yarzinski creía asegurada la victoria. Los nobles regresaban de la ciudad. Ya habían votado. Esperaban en el castillo de Poguembín el resultado de la elección que el cura se había encargado de comunicar. Al recibir la noticia principiaría el banquete, y por la tarde los Yarzinski saldrían para Posen y Berlín.

La víspera habían votado algunos pueblos. El resultado no podía hacerse esperar.

Los reunidos en el castillo no dudaban del éxito. María, ligeramente inquieta, alentaba, sin embargo, grandes esperanzas. Sonreía, y todos admiraban su amabilidad y hermosura. ¡Era un tesoro! Inquieta y juguetona hablaba á todos, explicándoles y repitiéndoles el por qué debía ser elegido su esposo.

No era mujer ambiciosa, pero en su cabeza joven se le metió la idea de que debían emprenderse numerosas reformas y que en consecuencia su marido debía llenar una gran misión. Deslizándose entre los reunidos llegábase al lado de su esposo, y tirándole de la manga le murmuraba al oído: «Señor diputado.» El sonreía y eran felices. Yarzinski quisiera agradecerse á besos, pero lo juzgó inconveniente en presencia de tantos invitados.

Asomados á la ventana deseaban ver los

primeros al portador de la ansiada nueva. El diputado difunto era polaco: nunca los alemanes habíanse atrevido á presentar candidato alemán por aquel distrito.

Las recientes victorias aumentaban su audacia.

María tiembla, siente oprimírsele el corazón: y ¿si viéndose perdidos los alemanes emplean medios ilícitos? ¿si compran votos?

Pero las mesas estaban formadas de alemanes y polacos, y la tranquilizaron explicándole el examen á que sujetan al voto y al elector.

Docenas ó centenares de veces le habían explicado esas formalidades, pero ¡era tan grande su interés y crecían tanto sus temores á medida que la hora avanzaba!

—No hay que olvidar que la cuestión que debatimos consiste en que el pueblo tenga en el Parlamento un enemigo ó un defensor.

En la última vuelta del largo camino se divisaba una nube de polvo...

—¡El cura! ¡el cura! gritan todos los reunidos.

No era el cura, sino un criado del castillo, que á caballo y corriendo á galope tendido regresaba de la ciudad.

La joven esposa palideció. No dudaba de la victoria; pero en los momentos decisivos el corazón late violento.

Todos se precipitan al encuentro del criado.

—¿Traes noticias?

—¿Han proclamado á nuestro candidato?

—¿Sabes el resultado? ¿Es público?

Las preguntas se sucedían y multiplicaban sin interrupción, y el criado echando la gorra al aire gritó:

—¡Mi señor es diputado!

La joven esposa reclinóse en un diván tratando en vano de dominar su emoción.

—¡Victoria! ¡Victoria! gritaban los invitados.

Los sirvientes y cuantos en la casa se hallaban acudieron repitiendo:

—¡Victoria! ¡los alemanes han sido vencidos! ¡larga vida al novel diputado y á su joven esposa!

—Pero ¿dónde está el cura? preguntó uno de los reunidos.

—No puede tardar, contestó el criado, faltaba el recuento de los últimos votos.

—¡Qué sirvan la comida! manda el diputado.

—¡Viva! contestan todos.

Y los cumplimientos, las felicitaciones eran interminables. María no pudiendo contener su alegría, sin cuidarse de cuantos les acompañaban, echó los brazos al rededor del cuello de su esposo y lo abrazó con efusión.

En este preciso instante llega el cura acompañado del anciano Mateo de Poguembin.

—¡Veamos! ¡veamos! ¿cuántos votos de mayoría?

El sacerdote queda admirado y silencioso en presencia de aquella regocijada multitud, y luego calmamente contesta:

—¡Schulberg... es diputado!

Asombro general: acto seguido una tempestad de exclamaciones.

—¡Schulberg diputado! ¡Imposible! ¿Qué ha sucedido? Un criado acaba de afirmar lo contrario. ¡Estará V. en un error! ¡Explíqueme! ¡Hable!

Yarzinski vióse obligado á acompañar fuera del salón á la infortunada María, que se esforzaba en vano para ahogar sus sollozos tapándose la boca con el pañuelo.

—¡Qué desgracia! ¡qué desgracia!

Hasta el castillo llegaban los gritos de júbilo de los alemanes, que celebrando su victoria recorrían las calles de la población.

María algo tranquilizada entró en el comedor del brazo de su esposo, quien la decía:

—Hay que conformarse y no entristecerse.

—Explíquenos la historia del resultado, rogó á Mateo con serena calma.

—¿Cómo, señor, podía suceder otra cosa, si la mayor parte de los hombres de Poguembin votaron por Schulberg?

—¿Qué? ¿es posible? ¡No puedo creerlo! ¿Quién os lo ha dicho?

—Yo lo vi, señora: yo vi á Bartek Slovik votar por Schulberg.

—¡Bartek Slovik! exclamó asombrada joven esposa.

—Al venir, su mujer llorando lanzaba contra él injurias sin cuento y puñados de polvo. Yo le vi votar por Schulberg.

—Hombres como éste deben ser expulsados del pueblo, dijo un propietario de Mizerow.

—Además, señor, cuantos fueron á la

guerra han seguido el ejemplo de Bartek. Dicen que lo hicieron obedeciendo órdenes terminantes.

—¡Es un abuso, es un robo! ¡la elección es nula! gritaron muchas voces.

En el castillo de Poguembin la comida que siguió á la derrota fué silenciosa, triste...

Al anoecer los Yarzinski partieron, dirigiéndose, no á Berlín, como deseaban, sino á Dresde, su residencia habitual...

Miserable, aborrecido, despreciado y maldito, sentóse Bartek en un rincón de su casa: Magda, su mujer, lo miraba indiferente, no quería decirle palabra, le parecía un extranjero, un alemán...

.....

Dios concedió cosecha abundante, magnífica: llegó el otoño, y Justo, ya dueño de la casa de Bartek, vió asombrado y rebosando alegría que el negocio le resultaba excelente.

Un día por el monótono camino que une Poguembin y la ciudad, tres personas avanzaban tristemente. Caía la lluvia espesa, incansable. El hombre encorvado, baja la cabeza, parecía anciano desvalido y enfermo. La mujer lloraba, recordando la casa querida que abandona para siempre jamás. Nada interrumpía la triste quietud de aquel camino monótono: ni un hombre, ni un carro. Sólo en la confluencia de dos caminos la cruz extendía amorosa sus brazos siempre abiertos, y la lluvia caía incansable, espesa, velando la cruz que consuela al que llora, mostrando amorosa sus brazos abiertos, y velando los campos queridos de la aldea natal.

Bartek, Magda y Franck se dirigen á la ciudad, pues en el pueblo no encuentran quien les dé trabajo.

El vencedor de Sedán y de Gravelotte va á cumplir lo que le resta de la condena que le impusieron los alemanes, porque no permitió que Boege pegase á Franck, que un alemán pegara á su único hijo. Y los Yarzinski siguen residiendo en Dresde.

FIN

OBRAS NUEVAS BIOLOGÍA

de los derechos de Normalidad y de su representación. Ensayo jurídico por D. Antonio del Monasterio Galí, abogado y notario.—Un tomo de 350 páginas, 2 ptas. en rústica.

DE MI VIÑA

Colección de poesías originales de M. Morera y Galicia, ilustraciones de B. Gili y Roig, volumen XXII de la Biblioteca Elzevir.—2 pesetas en rústica.

LA FORMACIÓ DEL CARÁCTER

Comentari familiar de Sant Tomàs d' Aquino que feu en la Academia de la Joventut Catòlica de Barcelona, en los diumenges de la Quaresma de 1899, lo Dr. Joseph Torras y Bages, ara bisbe de Vich.—En rústica, 1'50 ptas.

En prensa

ALMANAQUE DE LOS AMIGOS DEL PAPA

Tamaño igual al de la *Revista Popular*. Adornado con profusión de grabados.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

HOMEOPATÍA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores: Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Única Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

MÁQUINAS PARA COSER

Y HACER CALCETA.—MARCA ESTRELLA
AL DETALLE, HOSPITAL, 110, BARCELONA
POR MAYOR, TALLERES EN BADALONA

Colección completa de LAS MISIONES CATÓLICAS.—Los ocho tomos publicados forman un total de cerca de 4,000 páginas, en folio, y 1,200 grabados y véndense al ínfimo precio de 63 PESETAS.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona

NUEVAS ESTAMPAS.

Iguales en tamaño y forma á las pequeñas del Sagrado Corazón, ó sean al tamaño de 14x8 centímetros y en doble hoja impresa en papel mate superior y orladas con filete dorado.
1.ª La Purísima Concepción. La acompaña la oración de San Bernardo y detallada explicación de las indulgencias concedidas al rezo de la misma.—2.ª La Virgen del Rosario. Explicación del modo práctico de rezar el Rosario y sus quince misterios.—3.ª Los Angeles adorando á Jesús recién nacido. Acompañada de devota oración al Niño Jesús en el Pesebre.—4.ª La Adoración de los pastores. Acompañada también de piísima oración al Divino Infante en el portal de Belén.

Todas las estampas de esta serie son exactas reproducciones de artísticos cuadros llenos de sentimiento cristiano.—Se venden al precio de 3 ptas. cien, y 25 el millar. Por correo y en paquete certificado, 25 cént. más.

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.

Se ha repartido á los señores subscriptores el DECIMOTERCERO CUADERNO del

AÑO SACRO

ó lecturas y ejercicios para las principales festividades del Calendario cristiano, por D. Félix Sardà y Salvany, Pbro.

Contiene: La Natividad de la Virgen (conclusión).—San Pedro Claver, apóstol de los negros.—Nuestra Señora de las Mercedes.—Breve visita de rogativa á Nuestra Señora de las Mercedes.—El Santo Angel de la Guarda.—San Francisco de Asís y su Tercera Orden.—El Santo Rosario.—Piadoso Mes de Octubre.

Numerosos grabados intercalados al texto.

Terminada ya la encuadernación de la PRIMERA PARTE del «Año Sacro», que es al mismo tiempo PRIMERA PARTE del tomo III de la Propaganda Católica, se ha puesto en venta al precio de 4 pesetas en rústica, y 6 en tela.

El precio de subscripción á toda la obra es de siete pesetas. El que se subscriba y pague por adelantado diez ejemplares, recibe dos gratis, ó sean doce ejemplares en cada reparto.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona, y en casa de los señores Corresponsales de la misma.

NOTA.—El precio de la obra terminada la impresión será para los no subscriptores 8 pesetas.

Prospectos gratis á quien los pida.

CALENDARIO DEL SAGRADO CORAZON DE JESÚS para 1902

Publicado por la Redacción del Mensajero, de Bilbao, con gran variedad, desde 50 cént. á 2 ptas. Tacos sueltos, á 30 cént.
Calendario grande con cartón adecuado, 1'50 pesetas. Taco suelto, 1.

Por correo, 25 cént. más cada cuatro ejemplares, no pudiendo remitirse menos de cuatro á la vez. Para recibirse con seguridad deben añadirse 25 cént. timos para el sello del certificado.
Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

MÁQUINAS PARA COSER Y HACER MEDIAS.

LOS MEJORES SISTEMAS CONOCIDOS

Vende á plazos.

DA TRABAJO TODO EL AÑO.

Cambia, compone y enseña gratis á domicilio.

SALVADOR TORRAS, calle de Sta. Ana, 2, pral. (esquina Rambla)
Se hacen y componen medias y calcetines. Colores sólidos.

MEDALLAS RELIGIOSAS

TALLERES VALLMITJANA, GRACIAMAT, 6, BARCELONA

GRABADORES DE MEDALLAS en todas formas y en toda clase de metales.—Constructores de toda clase de artículos para el CULTO RELIGIOSO.—Exportadores al extranjero y Ultramar.—Proveedores de las principales Ordenes religiosas y Santuarios.